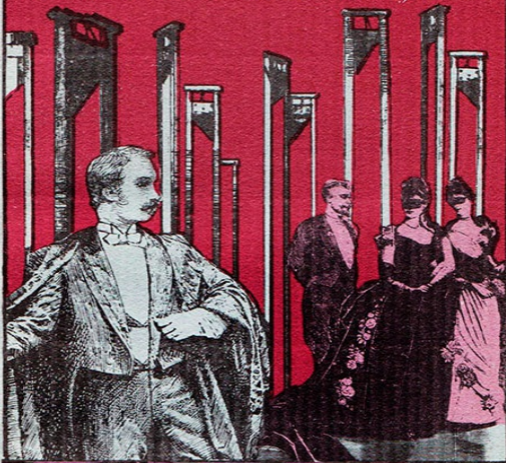


VILLIERS DE L'ISLE-ADAM

El convidado de las últimas fiestas



La Biblioteca de Babel

*colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges*

se

L≡LIBROS

Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online](#)

Villiers en París quería jugar con el concepto de la crueldad, de igual manera que Baudelaire jugaba con el mal y con el pecado. Ahora, desventuradamente, nos conocemos demasiado para jugar con ellos.

Contes cruels es ahora un título ingenuo; no lo fue cuando Villiers de l'Isle-Adam, entre grandilocuente y conmovido, lo propuso a los cenáculos de París.

Este casi indigente gran señor, que se sentía el protagonista enlutado de imaginarios duelos y de imaginarias ficciones, ha impuesto su imagen en la historia de la literatura de Francia.

Jorge Luis Borges

L≡**LIBROS**

Auguste Villiers de l'Isle-Adam

El convidado de las últimas fiestas

La Biblioteca de Babel - 07

Prólogo

Juan María Matías Felipe Augusto, conde de Villiers de l'Isle-Adam nació en Bretaña al 7 de noviembre de 1838 y murió en París, en el Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, el 19 de agosto de 1889. La irresponsable y generosa imaginación de los celtas fue uno de los dones que el azar o el destino le confirieron, así como la ilustre estirpe —descendía del primer gran Maestre de los Caballeros de Malta— y el sonoro desdén de la mediocridad, de la ciencia, del progreso, de su época, del dinero y de la gente seria. Su Eva futura (1886) es uno de los primeros ejemplos de ficción científica que la historia de la literatura registra, y es también una sátira de la ciencia. El drama Axel recrea el tema de la piedra filosofal. La rebelión, estrenada en París en 1870, anticipa la Casa de muñecas de Ibsen.

Romántico a la manera retórica de los franceses, declaró que el género humano se dividía en románticos e imbéciles. Los hábitos de su época exigían que un escritor abundara no sólo en frases memorables, sino en epigramas impertinentes. Anatole France refiere que una mañana fue a su casa para pedirle datos de sus abuelos. Villiers le contestó: «¿Quiere usted que a las diez de la mañana, y a pleno sol, le hable del gran Maestre y del célebre Mariscal?» Sentado a la mesa de Enrique V, aspirante al trono de Francia y oyéndole criticar a alguien que había sacrificado todo por él, le dijo: «Señor, bebo a la salud de Su Majestad. Vuestros títulos son decididamente indiscutibles. Tenéis la ingratitud de un rey». Era gran amigo de Wagner; le preguntaron si su conversación era amena. Respondió con dureza: «¿Acaso la conversación del Etna es amena?».

En su vida como en su obra hay algo histriónico; es verdad que las circunstancias de ser un aristócrata y de ser muy pobre favorecían esa actitud. Cabe pensar también que Villiers, mediante la imagen que trata siempre de proyectar ante la sociedad de París, estaba esencialmente defendiéndose. Su escasa estatura no lo habrá mortificado menos que su pobreza, que, a veces, alcanzó la miseria.

¿Hasta dónde puede un poeta, por caudalosa que sea su imaginación, evadirse de su fecha en el tiempo y de su lugar en el espacio? Es evidente que la Verona de Romeo y Julieta no está precisamente situada en Italia; es evidente que los mágicos mares de la Balada del viejo marinero de Coleridge son el sueño magnífico de un poeta mediterráneo de fines del siglo XVIII, no el mar de Conrad, no el mar de la Odisea. ¿Escribiré yo alguna vez un poema que no esté en Buenos Aires? Lo mismo ocurre con la España y con el Oriente de Villiers; son tan franceses como la laboriosa Salambó de Flaubert.

El mejor relato de nuestra serie y una de las obras maestras del cuento corto es La esperanza. La acción transcurre en una España muy personal y la fecha es vaga. Villiers sabía poco de España; tampoco sabía mucho de Edgar Allan Poe, sin

embargo La esperanza y El pozo y el péndulo son parejamente inolvidables, porque los dos conocían la crueldad a que puede llegar el alma del hombre. En Poe el horror es de orden físico; Villiers, más sutil, nos revela un infierno de orden moral. A la increíble España de La esperanza sucede la increíble China de La aventura de Tse-i-la. El relato lleva el epígrafe “adivina o te devoro”, que Villiers atribuye ingeniosamente a la Esfinge. Se trata de un artificio cuyo objeto es engañar al lector. El relato entero se basa en la soberbia de los dos personajes y en la atroz crueldad de uno de ellos; el final nos revela una insospechada generosidad que encierra una humillación. El secreto de la iglesia encubre una afirmación de todas las sectas protestantes; su fuerza está en el hecho de que el hombre que la revela nos confiesa implícitamente que su alma está perdida. El tema de La reina Ysabeau es, otra vez, la crueldad de los poderosos, enriquecida en este caso por la pasión de los celos. El desenlace inesperado no es menos atroz. El convidado de las últimas fiestas comienza deliberadamente de un modo frívolo; nada más baladí que unos despreocupados y alegres trasnochadores decididos a divertirse hasta el alba. La aparición de un nuevo contertulio ensombrece la historia y la lleva a un horror en el cual, increíblemente, convergen la justicia y la locura. De igual manera que el paródico Don Quijote es un libro de caballerías, Relato sombrío, narrador más sombrío es un cuento cruel y es asimismo la parodia de un cuento cruel. De todas las piezas de Villiers, Vera es, sin duda, la más fantástica y la más cercana al mundo onírico de Poe. Para consolar su tristeza, el protagonista crea un mundo alucinatorio; esa magia recibe una recompensa, un objeto minúsculo y olvidado que encierra una última promesa. Villiers en París quería jugar con el concepto de la crueldad de igual manera que Baudelaire jugaba con el mal y el pecado. Ahora, desventuradamente, nos conocemos demasiado para jugar con ellos. Contes cruels es ahora un título ingenuo; no lo fue cuando Villiers de l'Isle-Adam, entre grandilocuente y conmovido, lo propuso a los cenáculos de París. Este casi indigente gran señor, que se sentía protagonista enlutado de imaginarios duelos y de imaginarias ficciones, ha impuesto su imagen en la historia de la literatura de Francia. Menos que en Vera, menos que en el judío aragonés, menos que en Tse-i-la, pensamos y pensaremos en Villiers de l'Isle-Adam.

Jorge Luis Borges

La Esperanza

Al Señor Eduard Nieter

« ¡Oh! ¡una voz, una voz para gritar!...»

Edgar Alan Poe (El pozo y el péndulo)

Al atardecer, el venerable Pedro Argüés, sexto prior de los dominicos de Segovia, tercer Gran Inquisidor de España, seguido de un fraile redentor (encargado del tormento) y precedido por dos familiares del Santo Oficio provistos de linternas, descendió a un calabozo. La cerradura de una puerta maciza chirrió; el Inquisidor penetró en un hueco mefítico, donde un triste destello del día, cayendo desde lo alto, dejaba percibir, entre dos argollas fijadas en los muros, un caballete ensangrentado, una hornilla, un cántaro. Sobre un lecho de paja sujeto por grillos, con una argolla de hierro en el pescuezo, estaba sentado, hosco, un hombre andrajoso, de edad indiscifrable.

Este prisionero era el rabi Abarbanel, judío aragonés, que —aborrecido por sus préstamos usurarios y por su desdén de los pobres— diariamente había sido sometido a la tortura durante un año. Su fanatismo, « duro como su piel », había rehusado la abjuración.

Orgullosa de una filiación milenaria —porque todos los judíos dignos de este nombre son celosos de su sangre—, descendía talmúdicamente de la esposa del último juez de Israel: Hecho que había mantenido su entereza en lo más duro de los incesantes suplicios.

Con los ojos llorosos, pensando que la tenacidad de esta alma hacía imposible la salvación, el venerable Pedro Argüés, aproximándose al tembloroso rabino, pronunció estas palabras:

—Hijo mío alégrate: Tus trabajos van a tener fin. Si en presencia de tanta obstinación me he resignado a permitir el empleo de tantos rigores, mi tarea fraternal de corrección tiene límites. Eres la higuera reacia, que por su contumaz esterilidad está condenada a secarse, pero sólo a Dios toca determinar lo que ha de suceder a tu alma. ¡Tal vez la infinita clemencia lucirá para ti en el supremo instante! ¡Debemos esperarlo! Hay ejemplos... ¡Así sea! Reposa, pues, esta noche en paz. Mañana participarás en el auto de fe; es decir, serás llevado al quemadero, cuya brasa premonitoria del fuego eterno no quemará, ya lo sabes, más que a distancia, hijo mío. La muerte tarda por lo menos dos horas (a menudo tres) en venir, a causa de las envolturas mojadas y heladas con las que preservamos la frente y el corazón de los holocaustos. Seréis cuarenta y dos solamente. Considera que, colocado en la última fila, tienes el tiempo necesario para invocar a Dios, para ofrecerle este bautismo de fuego, que es el del Espíritu Santo. Confía, pues, en la Luz y duerme.

Dichas estas palabras, el Inquisidor ordenó que desencadenaran al desdichado y

lo abrazó tiernamente. Lo abrazó luego el fraile redentor, y muy bajo, le rogó que le perdonara los tormentos. Después lo abrazaron los familiares, cuyo beso, ahogado por las cogullas, fue silencioso. Terminada la ceremonia, el prisionero se quedó solo, en las tinieblas.

El rabí Abarbanel, seca la boca, embotado el rostro por el sufrimiento, miró sin atención precisa la puerta cerrada. «¿Cerrada?...» Esta palabra despertó en los más íntimos de sus confusos pensamientos un sueño. Había entrevisto un instante el resplandor de las linternas por la hendidura entre el muro y la puerta. Una esperanza mórbida lo agitó. Suavemente, deslizado el dedo con suma precaución, atrajo la puerta hacia él. Por un azar extraordinario, el familiar que la cerró había dado la vuelta a la llave un poco antes de llegar al tope, contra los montantes de piedra. El pestillo, enmohecido, no había entrado en su sitio y la puerta había quedado abierta.

El rabino arriesgó una mirada hacia afuera.

A favor de una lívida oscuridad, vio un semicírculo de muros terrosos en los que había labrados unos escalones; y en lo alto, después de cinco o seis peldaños, una especie de pórtico negro que daba a un vasto corredor del que no le era posible entrever, desde abajo, más que los primeros actos.

Se arrastró hasta el nivel del umbral. Era realmente un corredor, pero casi infinito. Una luz pálida, con resplandores de sueño, lo iluminaba. Lámparas suspendidas de las bóvedas azulaban a trechos el color deslucido del aire; el fondo estaba en sombras. Ni una sola puerta en esa extensión. Por un lado, a la izquierda, troneras con rejas, troneras que por el espesor del muro dejaban pasar un crepúsculo que debía ser el del día, porque se proyectaba en cuadrículas rojas sobre el enlosado. Quizá allá lejos, en lo profundo de las brumas, una salida podía dar a la libertad. La vacilante esperanza del judío era tenaz, porque era la última. Sin titubear se aventuró por el corredor, sorteando las troneras, tratando de confundirse con la tenebrosa penumbra de las largas murallas. Se arrastraba con lentitud, conteniendo los gritos que pugnaban por brotar cuando lo martirizaba una llaga.

De repente un ruido de sandalias que se aproximaba lo alcanzó en el eco de esta senda de piedra. Tembló, la ansiedad lo ahogaba, se le nublaron los ojos. Se agazapó en un rincón y, medio muerto, esperó.

Era un familiar que se apresuraba. Pasó rápidamente con una tenaza en la mano, la cogulla baja, terrible, y desapareció. El rabino, casi suspendidas las funciones vitales, estuvo cerca de una hora sin poder iniciar un movimiento. El temor de una nueva serie de tormentos, si lo apresaban, le hizo pensar en volver a su calabozo. Pero la vieja esperanza le murmuraba en el alma ese divino tal vez, que reconforta en las peores circunstancias. Un milagro lo favorecía. ¿Cómo dudar? Siguió, pues, arrastrándose hacia la evasión posible. Extenuado de dolores y de hambre, temblando de angustia, avanzaba. El corredor parecía alargarse

misteriosamente. Él no acababa de avanzar, miraba siempre la sombra lejana, donde debía existir una salida salvadora.

De nuevo resonaron unos pasos, pero esta vez más lentos y sombríos. Las figuras blancas y negras, los largos sombreros de bordes redondos, de dos inquisidores, emergieron de lejos en la penumbra. Hablaban en voz baja y parecían discutir algo muy importante, porque las manos accionaban con viveza.

Ya cerca, los dos inquisidores se detuvieron bajo la lámpara, sin duda por un azar de la discusión. Uno de ellos, escuchando a su interlocutor, se puso a mirar al rabino. Bajo esta incomprensible mirada, el rabino creyó que las tenazas mordían todavía su propia carne: muy pronto volvería a ser una llaga y un grito.

Desfalleciente, sin poder respirar, las pupilas temblorosas, se estremecía bajo el roce espinoso de la ropa. Pero, cosa a la vez extraña y natural: los ojos del inquisidor eran los de un hombre profundamente preocupado de lo que iba a responder, absorto en las palabras que escuchaba; estaban fijos y miraban al judío, sin verle.

Al cabo de unos minutos los dos siniestros discutidores continuaron su camino a pasos lentos, siempre hablando en voz baja, hacia la encrucijada de donde venía el rabino. No lo habían visto. Esta idea atravesó su cerebro: ¿No me ven porque estoy muerto? Sobre las rodillas, sobre las manos, sobre el vientre, prosiguió su dolorosa fuga, y acabó por entrar en la parte oscura del espantoso corredor.

De pronto sintió frío sobre las manos que apoyaba en el enlosado; el frío venía de una rendija bajo una puerta, hacia cuyo marco convergían los dos muros. Sintió en todo su ser como un vértigo de esperanza. Examinó la puerta de arriba abajo, sin poder distinguirla bien, a causa de la oscuridad que la rodeaba. Tentó: Nada de cerrojos ni cerraduras. ¡Un picaporte! Se levantó. El picaporte cedió bajo su mano y la silenciosa puerta giró.

La puerta se abrió sobre jardines, bajo una noche de estrellas. En plena primavera, la libertad y la vida. Los jardines daban al campo, que se prolongaba hacia la sierra, huir en el horizonte. Ahí estaba la salvación. ¡Oh, huir! Correría toda la noche, bajo esos bosques de limoneros, cuyas fragancias lo buscaban. Una vez en las montañas, estaría a salvo. Respiró el aire sagrado, el viento le reanimó, sus pulmones resucitaban. Y para bendecir otra vez a su Dios, que le acordaba esta misericordia, extendió los brazos, levantando los ojos al firmamento. Fue un éxtasis.

Entonces creyó ver la sombra de sus brazos retomando sobre él mismo; creyó sentir que esos brazos de sombra lo rodeaban, lo envolvían, y tiernamente lo oprimían contra su pecho. Una alta figura estaba, en efecto, junto a la suya. Confiado, bajó la mirada hacia esta figura, y se quedó jadeante, enloquecido, los ojos sombríos, hinchadas las mejillas y balbuceando de espanto. Estaba en brazos del Gran Inquisidor, del venerable Pedro Argüés, que lo contemplaba, llenos los ojos en lágrimas y con el aire del pastor que encuentra la oveja descarriada.

Mientras el rabino, los ojos sombríos bajo las pupilas, jadeante de angustia en los brazos del inquisidor, adivinaba confusamente que todas las fases de la jornada no eran más que un suplicio previsto, el de la esperanza, el sombrío sacerdote, con un acento de reproche conmovedor y la vista consternada, le murmuraba al oído con una voz debilitada por los ayunos:

—¡Cómo, hijo mío! ¿En vísperas, tal vez, de la salvación, querías abandonarnos?

La aventura de Tse-i-La

La Esfinge « Adivina o te devoro » .

Al Norte de Tonkín existe, internándose tres leguas, la provincia de Kouang-Si, de ríos auríferos, y cuya grandeza se extiende hasta las fronteras de los principados centrales del Imperio de Enmedio, desparramando sus ciudades en la vasta extensión de la selva.

En esta región, la serena doctrina de Laotsé no ha extinguido aún la violenta credulidad hacia los Poussah, especie de genios populares de la China. Gracias al fanatismo de los bonzos de la comarca, la superstición china, aun en las clases elevadas, fermenta con más vigor que en los estados más próximos a Pekín, y difiere de las creencias de los manchúes en cuanto admite las intervenciones *directas* de los dioses en los asuntos del país.

El penúltimo virrey de esta inmensa dependencia imperial fue el gobernador Tche-Tang, que dejó la memoria de un déspota sagaz, avaro y feroz. Véase a qué ingenioso secreto aquel príncipe, escapando a mil venganzas, debió vivir y morir en paz en medio del odio de su pueblo, al que desafió hasta el fin, sin pena ni peligro, ahogando en sangre el más ligero descontento.

Una vez —quizá ocurriese esto unos diez años antes de su muerte— un mediodía estival, cuyo ardor hacía arder los estanques y rajaba las hojas de los árboles, arrojando destellos de fuego sobre los altos tejados de los quioscos, Tche-Tang, sentado en una de las salas más frescas de su palacio, sobre un trono negro incrustado de flores de nácar y embutido de oro puro, y reclinado con languidez, se acariciaba la barba con su mano derecha, mientras que la izquierda se posaba sobre el cetro tendido en sus rodillas.

Detrás la estatua colosal de Fo, el dios inescrutable dominaba su trono. Sobre las gradas de la escalinata vigilaban sus guardias cubiertos con armaduras de cuero negro, con la lanza, el arco o la larga hacha en el puño. A su derecha, de pie, su verdugo favorito lo abanicaba.

Las miradas de Tche-Tang erraban sobre la multitud de mandarines, de príncipes de su familia y sobre los grandes oficiales de su corte.

Todas aquellas frentes eran impenetrables. El rey se sentía odiado, rodeado de asesinos, y consideraba, lleno de mil sospechas indecisas, cada uno de los grupos donde se hablaba en voz baja. No sabiendo a quién exterminar, se extrañaba a cada momento de vivir aún y reflexionaba taciturno y amenazador.

Se abrió una puerta, dando a paso a un oficial que conducía, de la mano, a un joven desconocido, de grandes ojos azules y de bella fisonomía. El adolescente vestía túnica de seda escarlata, recogida con un cinturón de oro.

Prosternóse delante de Tche-Tang, bajo la mirada del virrey.

—Hijo del Cielo —dijo el oficial—, este joven ha declarado no ser más que un

oscuro ciudadano de esta población y llamarse Tse-i-la. Sin embargo, despreciando los tormentos y la muerte, él ofrece probar que trae para ti una misión de los Poussah inmortales.

—Habla —dijo Tche-Tang.

Tse-i-la se levantó.

—Señor —dijo con reposada voz—, sé lo que me espera si no estoy acertado en mis palabras. Anoche durante un terrible sueño, los Poussah me favorecieron con su visita, haciéndome dueño de un secreto que espantaría a los mortales entendimientos. Si te dignas a escucharme, reconocerás que no es de humano origen, porque sólo con oírlo despertará en tu ser un nuevo sentido. Su virtud te comunicará al momento el don misterioso de leer, con los ojos cerrados y en el espacio que media entre la pupila y los párpados, *los nombres, en caracteres de sangre, de todos aquellos que pueden conspirar contra tu trono o tu vida, en el momento preciso en que sus espíritus conciban tal designio*. Estarás, pues, al abrigo, para siempre, de toda funesta sorpresa y envejecerás apaciblemente en el uso de tu autoridad. Yo, Tse-i-la, juro aquí por Fo, cuya imagen proyecta su sombra sobre nosotros, que el mágico poder de este secreto es tal como te digo. Ante un discurso tan extraño hubo en la asamblea un estremecimiento seguido de un silencio sepulcral. Una vaga angustia conmovió la cotidiana impasibilidad de los rostros.

Todos examinaron al desconocido, que, sin temblar, testimoniaba así que era el depositario del mensaje divino de que se decía portador. Muchos se esforzaron en vano por sonreír, pero no osaban mirarse, palideciendo de la seguridad dada por Tse-i-la. Tche-Tang observó aquel malestar denunciador.

En fin, uno de los príncipes, sin duda para disimular su inquietud, exclamó:

—¿A qué escuchar los disparates de un insensato borracho de opio?

Los mandarines añadieron algo animados:

—¡Los Poussah sólo inspiran a los viejos bonzos del desierto!

Y uno de los ministros:

—Debe someterse previamente a nuestro examen el secreto de que ese joven se cree depositario, antes de ser sometido a la alta sabiduría del rey.

Replicando irridadísimo uno de los oficiales:

—Además de que es posible que no sea más que uno de esos cuyo puñal espera el momento en que el rey esté distraído para clavarse en su corazón.

—Que se le encierre —gritaron todos.

Tche-Tang extendió sobre Tse-i-la su cetro de oro, donde brillaban caracteres sagrados:

—Continúa —dijo impasible.

Tse-i-la repuso entonces, agitando un pequeño abanico de varillaje de ébano y refrescando con él sus mejillas:

—Si algún tormento fuese suficiente a persuadir a Tse-i-la de traicionar su

secreto, revelándolo a otro que no fuese el rey, los Poussah, que escuchan invisibles, no me hubiesen escogido por intérprete. ¡Oh príncipes, no! Yo no he fumado opio, no tengo nada de loco, no llevo armas. Únicamente oíd lo que añadido. Si afronto la muerte lenta, es porque un secreto como el mío vale, si es cierto, una recompensa digna de él. Tú solo, ¡oh rey!, juzgarás, pues, en tu equidad, si merece el premio que te pido. Si, repentinamente, al oír las palabras que lo anuncien, sientes dentro de ti, bajo tus ojos cerrados, el don de esa virtud viviente y su prodigio, habiéndome hecho noble los dioses y habiéndome inspirado con su sople de luz, me concederás la mano de Li-tien-Se, tu radiante hija, la insignia principal de los mandarines y cincuenta mil liangs de oro.

Al principiar aquellas palabras « liangs de oro », un imperceptible tinte rosa subió a las mejillas de Tse-i-la, que procuró ocultar aproximándose el abanico al rostro. La exorbitante recompensa reclamada provocó la sonrisa de los cortesanos y apretó el corazón sombrío del rey, donde se agitaban el orgullo y la avaricia. Una cruel sonrisa pasó por sus labios mirando al joven, que añadió con intrepidez:

—Espero de ti, Señor, el real juramento, por Fo, el dios implacable que se venga de los perjuros, que tú aceptas, según mi secreto te parezca positivo o quimérico, concederme la recompensa pedida o la muerte que te plazca.

Tche-Tang se levantó y dijo:

—¡Lo juro! ¡Sígueme!

Algunos momentos después, bajo bóvedas que una lámpara suspendida sobre su hermosa cabeza alumbraba, Tse-i-la, amarrado con finos cordeles a un poste, miraba en silencio, al rey Tche-Tang, cuya alta estatura aparecía en la sombra a tres pasos de él. El rey estaba de pie, arrimado a la puerta de hierro de la caverna; su mano derecha se apoyaba sobre la frente de un dragón de metal cuyo ojo único parecía observar a Tse-i-la. El traje verde de Tche-Tang resplandecía; su collar de piedras preciosas relampagueaba; sólo su cabeza, rebasando el disco de la lámpara, permanecía en las sombras.

Bajo el espesor de la tierra nadie podía oírlos.

—Te escucho —dijo Tche-Tang.

—Señor —dijo Tse-i-la—, yo soy un discípulo del maravilloso poeta Li-tai-pe. Los dioses me han concedido en inteligencia tanto como a ti te han concedido en poder, y me han regalado la pobreza para que ella engrandezca mis pensamientos. Yo les agradecía diariamente tantos favores y vivía apaciblemente, sin ambiciones, sin deseos, cuando una tarde, sobre la terraza elevada de tu palacio, en la parte alta de los jardines, el ambiente plateado por los rayos de la luna, vi a tu hija Li-tien-Se, cuyos pies besaban las flores de los árboles copudos, perdiéndose con las brisas de la noche. Después de aquella noche, mi pincel no ha vuelto a trazar una sola línea, ¡y siento que ella también piensa en este rayo de amor en que me abraso!... Harto de languidecer, prefiriendo la muerte más espantosa al suplicio de vivir sin ella, he querido por un

rasgo heroico, de una sutilidad casi divina, elevarme, ¡oh rey!, hasta tu hija.

Tche-Tang, por un movimiento de impaciencia, sin duda, apoyó su pulgar sobre el ojo del dragón. Las dos hojas de una puerta se abrieron sin ruido, dejando ver el interior de una caverna próxima.

Tres hombres con traje de cuero estaban al lado de un brasero donde enrojecían hierros de tortura. De la bóveda pendía una fuerte cuerda de seda, bajo la cual brillaba una caja de acero, redonda, con una abertura circular en medio. Aquello era el aparato de la muerte terrible. Después de atroces quemaduras, la víctima era suspendida en el aire, atado un brazo a aquel cordel de seda, en tanto que el pulgar de la otra mano era amarrado por detrás al pulgar del pie opuesto. Se ajustaba entonces la caja de acero en la cabeza de la víctima, y, cuando descansaba sobre los hombros, se metían dentro dos ratas hambrientas. El verdugo imprimía un movimiento de balance a todo aquel horrible conjunto y luego se retiraba dejando al reo entre las tinieblas para volver al siguiente día.

Ante tal espectáculo, cuyo horror de ordinario impresionaba aun a los más resueltos:

—¡Olvidas —dijo fríamente Tse-i-la— que nadie, excepto tú, debes escucharme! Las puertas se cerraron.

—¿Tu secreto? —gruñó Tche-Tang.

—Mi secreto, ¡tirano!, es que mi muerte precederá a la tuya esta noche —dijo Tse-i-la con el rayo del genio en los ojos—. ¿Mi muerte? ¿Pero no comprendes que es lo único que esperan allá arriba los que aguardan temblando tu regreso? ¿No significará ella que mis promesas han sido falsas? ¡Qué alegría no sentirán, riendo silenciosamente en el fondo de sus corazones de tu credulidad burlada!... ¡Y ésa será la señal de tu perdición!... Seguros de la impunidad, furiosos por la angustia pasada, ¿cómo delante de ti, que te habrás empequeñecido por la esperanza abortada, vacilará aún su odio? Llama a tus verdugos: seré vengado. Pero conozco que estás ya casi convencido de que al hacerme morir tu vida será sólo cuestión de horas; y que tus hijos, degollados, según la costumbre, te seguirán, y que Li-tien-Se, tu hija, flor de delicias, será también víctima de tus asesinos. ¡Ah! ¡Si fueses un príncipe profundo! Supongamos que de pronto, al contrario, regresas, con la frente como agravada por la misteriosa clarividencia predicha, rodeado de tus guardias, la mano sobre mi espalda, a la sala de tu trono, y que allí, habiéndome tú mismo revestido de la túnica de los príncipes, y enviado a llamar a Li-tien-Se, tu hija y mi alma, luego de habernos prometido, ordenas a tu tesorero que me cuente, de una manera oficial, los cincuenta mil liangs de oro. ¡Ah! Entonces yo te juro, que, a semejante vista, todos esos cortesanos cuyos puñales en la sombra han salido a medias de la vaina contra ti, caerán desfallecidos y prosternados, y que en el porvenir nadie osará admitir en su espíritu un mal pensamiento contra ti. ¡Así, pues, medita! Todo el mundo sabe que eres razonable y clarividente en los consejos de estado; no será, pues, creíble

que una vana quimera haya sido suficiente para transfigurar, en algunos instantes, la desagradable expresión de tu cara, que debe aparecer victoriosa y tranquila!... ¡Cómo! ¡Tú, tan cruel, me dejas vivir! ¡Se conoce tu soberbia, y me dejas vivir! ¡Se conoce tu avaricia, y me prodigas tu oro! ¡Se conoce tu orgullo paternal, y me das tu hija por una palabra, a mí, desconocido transeúnte! ¿Qué duda podría subsistir ante todo esto? ¿Y en qué quieres tú que consista el valor de mi secreto, inspirado por nuestros seculares genios, *sino en la absoluta creencia de que lo posees?*... Únicamente se trataba de *crear ese secreto*, y eso lo he hecho yo. El resto depende de ti. Yo he cumplido mi palabra. Además, haberte exigido la dignidad principal y el oro, que yo desprecio, no ha sido más que para aumentar el precio, y por consiguiente, dejar imaginar por esa munificencia arrancada a tu famosa sordidez la espantosa importancia de mi imaginario secreto.

Rey Tche-Tang: yo, Tse-i-la, atado por tu orden a este poste, exalto, ante la muerte terrible, la gloria del augusto Li-tai-pe, mi maestro de los pensamientos de luz, y te declaro que la sabiduría habla por mí. ¡Volvamos, te repito, con la frente alta y radiante! ¡Prodiga hoy los indultos en acción de gracias al cielo! ¡Luego promete ser inexorable en lo por venir! Ordena que se celebren fiestas luminosas en honor del divino Fo, que me ha inspirado esta sublime astucia. Yo, mañana, habré desaparecido. Iré a vivir con la elegida de mi corazón a cualquier provincia lejana y feliz, gracias a los liangs de oro. El botón diamantino de los mandarines, que habré recibido de tu munificencia, con tantos transportes de orgullo, no será jamás usado por mí, porque tengo otras ambiciones; yo creo solamente en los pensamientos armoniosos y profundos que sobreviven a los príncipes y a los reinos; siendo rey en el imperio inmortal, no ambiciono ser príncipe en los vuestros. ¿Has comprendido que los dioses me han dado la firmeza de corazón y una inteligencia tan grande, por lo menos, como la de cualquiera de tus cortesanos? Puedo, pues, mejor que uno de ellos, llevar la alegría a los ojos de una joven. Pregunta a Li-tien-Se, ¡mi sueño! Estoy seguro de que, al mirarse en mis ojos, ella te lo dirá. En cuanto a ti, cubierto por una protectora superstición, reinarás, y, si abres tu corazón a la justicia, conseguirás que el temor se convierta en aprecio hacia tu trono afirmado. ¡Ése es el secreto de los reyes dignos de serlo! No tengo otro que facilitarte. ¡Pesa, escoge y falla! He dicho.

Tse-i-la calló.

Tche-Tang, inmóvil, pareció meditar algunos momentos. Su enorme sombra se prolongaba, truncándose sobre la puerta de hierro. De repente, fue hacia el joven y, poniéndole ambas manos sobre los hombros, lo miró fijamente, en el fondo de los ojos, como presa de mil sentimientos indefinibles.

Después, tirando del sable, cortó las cuerdas que sujetaban a Tse-i-la y echándole el regio collar sobre las espaldas:

—¡Sígueme! —le dijo.

Subió los escalones de la cueva y apoyó su mano sobre la puerta de la luz y la libertad. Tse-i-la, a quien el triunfo de su amor y de su repentina fortuna habían desvanecido bastante, contempló el regio presente.

—¡Cómo! ¡Este collar también! —murmuró—. ¿Por qué, pues, te calumnian? ¡Esto es mucho más de lo prometido! ¿Qué quiere pagar el rey con este collar?

—¡Tus injurias! —contestó desdeñosamente Tche-Tang, abriendo la puerta frente a los rayos del sol.

El secreto de la iglesia

Al señor Edmond Deman,

«Cuidado con lo de abajo»

Dicho popular

En esta noche de principios de otoño, el antiguo hotel con jardines, residencia de la morena Maryelle —al final del barrio de Saint Honoré— parecía dormido. En el primer piso, en efecto, en el salón tapizado de seda cereza, los pesados cortinajes de los balcones —cuyas vidrieras miran las avenidas enarenadas y el surtidor que brota entre el césped— interceptaban el resplandor interior.

En el fondo de este aposento, un ancho tapiz Enrique II dejaba entrever en el salón contiguo las blancuras adamascadas de una mesa llena de luces y sobre la que aún se destacaban las tazas de café, los fruteros y la cristalería, aunque se jugaba desde la media noche.

Bajo los dos manojos de hojas de plata, con flores de luz, de un par de candelabros de pared, dos «señores» de figura elegantísima, de cutis inglés, de sonrisa distinguida, de aspecto afable, de largas patillas, lucían las lises de sus chalecos frente a frente de un *écarté* que jugaban con un abate joven y moreno, de una palidez natural muy emocionante (la palidez de un muerto) y cuya presencia resultaba por lo menos equívoca en aquel lugar.

No muy lejos, Maryelle, en un *déshabillé* de muselina que avivaba sus ojos negros, y un ramito de violetas al borde del corsé en el hoyo de la nieve, escanciaba de vez en cuando champán helado en las finas copas que llenaban un velador, sin dejar de avivar con sus anhelosos labios el fuego de su cigarrillo ruso —que sostenía, ensortijado al dedo meñique de su izquierda, una especie de pinza de plata—. Sonriendo también a veces de las frívolas ocurrencias que —con intermitencias y como agujoneado por discretos arrebatos— le susurraba al oído (inclinándose sobre la perla de su hombro) el invitado ocioso al que sólo se dignaba contestar monosilábicamente.

En seguida se volvía a hacer el silencio, turbado apenas por el ruido de los naipes, del oro de las apuestas, de las piezas de nácar y de los billetes sobre el tapete verde.

El ambiente, el mobiliario, las telas se sentían contagiados de languidez, cierta blandura aterciopelada, el acre perfume de tabaco oriental, el ébano labrado de los grandes espejos, la vaguedad de la luz, una imaginaria irisación.

El jugador de la sotana de paño fino, el abate Tussert, no era sino uno de esos diáconos faltos de toda vocación, cuya perversa ralea tiende, por fortuna, a desaparecer. Nada había en él de aquellos sutiles abates de antaño, cuyas mejillas inflamadas por la risa los ha hecho aparecer simpáticos y veniales en la

Historia. Éste, alto, tallado a hachazos, el rostro de un óvalo con los maxilares salientes, resultaba, realmente, de una casta más sombría, hasta el punto de que en ciertos momentos la sombra de un crimen ignorado parecía ennegrecer aún más su silueta. En él la clase de piel especial de su cutis descolorido indicaba una sensibilidad fría y sádica. Los labios astutos ponderaban en su rostro la energía ingenuamente bárbara de su conjunto. Sus pupilas negruzcas, rencorosas, brillaban bajo la anchura de una frente triste, de cejas rectilíneas, y su mirada crepuscular parecía pensativa de nacimiento, a veces fija. Laminado por las controversias del seminario, el timbre de su voz había adquirido inflexiones mates que apagaban su dureza; sin embargo, se presentía el puñal en su vaina. Taciturno, si hablaba era desde lo alto, con uno de los pulgares hundido casi siempre en su elegante fajín de franjas de seda. Muy mundano, « lanzado » como si hubiera intentado huir — más bien recibido que admitido, es verdad —, se le *admitía* gracias a esa especie de *miedo* confuso e indefinido que sugería su persona. Algunos perversos rufianes de fortuna estafada lo invitaban también para salpimentar con lo que había de llamativo en su sacrílega presencia, envuelta, para más escándalo en el hábito solemne, la salacidad lamentable de sus cenas juerguistas, no acabando de conseguir este efecto, porque su sórdido aspecto cohibía en el fondo aun en esos ambientes (los desertores, vengan de donde vengan, no son estimados por los inquietos escépticos modernos).

Pero ¿por qué seguir llevando aquellos hábitos? ¿Quizá porque, habiéndose puesto de moda con aquella ropa, temía comprometer su originalidad vistiéndose de levita? ¡Desde luego que no! Es que era ya demasiado tarde; es que ya tenía el *sello*. ¿Es que aquellos que, siendo como él, tomaban una apariencia laica no eran reconocibles siempre? Se diría que todos los trajes que llevasen siempre transparentarían la invisible sotana de Neso que no podían arrancarse del cuerpo, aunque sólo se la hubiesen puesto una vez: siempre se notaría su ausencia. Y cuando a imitación de un Renan, por ejemplo, murmuran del Señor, su juez, parece por intervalos que, en medio de no se sabe qué VERDADERA noche que surge en el fondo de sus ojos se oye —entre el súbito reflejo de una linterna sorda y bajo el follaje de los olivos— el chasquido del viscoso beso del Eufemismo sobre la mejilla divina.

Ahora bien: ¿de dónde provenía el oro que sacaba todos los días de su negro bolsillo? ¿Del juego? Puede. Se insinuaba eso, aunque sin profundizar en ello, y a que no se le conocían deudas, ni queridas, ni otras ventajas como ésas. ¡Por lo demás, *hoy día*...! ¿Eso qué importa? ¡Cada cual tiene sus asuntillos! Las mujeres lo consideraban un hombre « encantador », y punto final.

De repente, Tussert, que había robado malas cartas, dijo descubriendo su juego: —Pierdo dieciséis mil francos esta noche.

—¿Le hacen veinticinco luses para que intente la revancha? —ofreció el vizconde Le Glañeul.

—Yo no propongo ni acepto jugadas de palabra y ya no tengo oro en el bolsillo —respondió Tussert—. No obstante, mi ministerio me ha hecho poseedor de un *secreto* —de un gran secreto—, que, si estáis de acuerdo, me decidiré a arriesgar contra vuestros veinticinco luises a cinco tantos ligados.

Después de un silencio bastante justificado, preguntó el señor Le Glaëul medio estupefacto:

—¿Qué secreto?

—Pues el de la IGLESIA —respondió fríamente Tussert.

¿Fue la entonación breve, rotunda y como poco mixtificada de este tenebroso vividor, o la fatiga nerviosa de la noche, o los capciosos vapores dorados del champán, o el conjunto de estas cosas lo que hizo que los dos invitados y hasta la alegre Maryelle se estremeciesen al oír esas palabras? Los tres, mirando al enigmático personaje, acababan de experimentar la misma sensación que les hubiese producido la aparición repentina de una cabeza de serpiente alzándose entre los candelabros.

—La Iglesia tiene tantos secretos... que creo, al menos, poderle preguntar cuál de ellos es —respondió con seriedad ya el vizconde Le Glaëul—, aunque, como usted puede comprender, me interesan muy poco esas revelaciones. Pero acabemos. He ganado demasiado esta noche para negarle eso; así es que de todos modos ¡van veinticinco luises a cinco tantos ligados contra « el secreto de la IGLESIA » !

Por una cortesía de hombre « de mundo » no quiso recalcar « ... que no nos interesa nada » .

Cogieron otra vez los naipes.

—¡Abate! ¿Sabe usted que en este momento tiene usted el aire del... *diablo*? —exclamó con un tono cándido la amabilísima Maryelle, que se había quedado como pensativa.

—¡La jugada, sobre todo, es de una audacia insignificante para los incrédulos! —murmuró frívolamente el invitado ocioso con una de esas leves sonrisas parisienses, cuya serenidad ni siquiera se turba ante un salero derramado—. ¡El secreto de la Iglesia! ¡Ah! ¡Ah!... Debe ser *gracioso*.

Tussert lo miró y después le dijo:

—Ya lo apreciará usted si continúo perdiendo.

La partida comenzó más lenta que las anteriores. El primer juego lo ganó... él; pero después perdió la revancha.

—¡Va el último pase! —dijo.

Cosa singularísima: la atención —mezclada al principio con algo de superstición burlona— había subido de tono gradualmente; se hubiera podido decir que alrededor de los jugadores se había saturado el aire de una solemnidad sutil y de una gran inquietud... Se deseaba fervientemente *ganarle* la partida.

Estando a dos contra tres, el vizconde Le Glaëul, después de tirado el rey de

corazones, tuvo de juego los cuatro sietes y un ocho neutro; Tussert, que tenía la quinta más alta de picas, vaciló, quiso hacer una jugada de maestro exponiéndolo todo de una vez, y perdió. El golpe fue rápido.

En ese momento, Maryelle se miraba con indiferencia las uñas rosadas; el vizconde, con aire distraído, examinaba el nácar de las fichas, sin hacer la pregunta suspendida sobre ellos, y el invitado ocioso, volviéndose por discreción, entreabrió (¡con un acierto lleno verdaderamente de inspiración!) los cortinajes del balcón que estaba cerca de él.

Entonces a través de los árboles apareció, haciendo palidecer las luces, el alba lívida, el amanecer, cuyo reflejo tornó bruscamente mortuorias las manos de los presentes. Y el perfume del salón pareció volverse más impuro, llenándose de un vago recuerdo de placeres vendidos, de carnes voluptuosas con despecho, ¡de laxitud! Y algunos desvaídos pero impresionantes matices pasaron por los rostros de todos, denunciando con su difumino imperceptible las máculas futuras que la edad reservaba a cada uno. Aun cuando allí no se creyese en nada más que en placeres fantasmas, se sintió sonar a hueco en su existencia el golpe del ala de la vieja Tristeza del Mundo, que despertó a tan falsos jueguistas, vacíos, faltos de esperanza.

Llenos de olvido, ya no se preocupaban de oír... el insólito secreto... si es que alguna vez...

Pero el diácono, se había levantado, glacial, sosteniendo en la mano su sombrero de teja. Después de lanzar una mirada circular, de ritual, sobre aquellos tres seres un poco cohibidos, dijo:

—Señora, señores, ¡ojalá la apuesta que he perdido os haga reflexionar!... Paguemos...

Y mirando con una fría fijeza a sus elegantes oyentes, pronunció en voz más baja, pero que sonó como una campanada de difuntos, estas condenables, estas fantásticas palabras:

—¿El secreto de la Iglesia?... Es... QUE NO HAY PURGATORIO.

Y en tanto que, no sabiendo qué pensar, se le observaba, no sin cierto pánico, el diácono, después de haber saludado, se dirigió, tranquilo, hacia el umbral, y después de haber mostrado en el dintel su cara sombría y lívida, con los ojos bajos, cerró la puerta sin hacer ruido.

Una vez solos, respiraron libres del espectro.

—¡Eso debe ser inexacto! —balbuceó cándidamente la sentimental Maryelle, impresionada aún.

—¡Argucias del jugador que pierde, por no decir de un farsante que no sabe lo que dice! —exclamó Le Glaïeul con un tono de cochero enriquecido—. ¡El Purgatorio, el Infierno, el Paraíso!... ¡Todo eso es de la Edad Media! ¡Todo eso es pura broma!

—¡No pensemos más en ello! —indicó el otro elegante.

Pero en aquella maligna claridad del alba la amenazadora mentira del impío había hecho, *sin embargo*, su efecto. Los tres estaban muy pálidos. Se bebió, con duras sonrisas forzadas, una última copa de champán.

Y aquella mañana —por mucha elocuencia que empleara el invitado ocioso— Maryelle, arrepentida quizá ante la amenaza exclusiva y excesiva del infierno, sin la condescendencia del purgatorio perdido para su esperanza, no quiso acceder a su « amor » .

La reina Ysabeau

Al señor Conde d'Osmoy.

El Guardián del Palacio de los Libros dice: «La reina Nitocris, la bella de las mejillas de rosa, viuda de Papi I, de la décima dinastía, para vengar la muerte de su hermano, invitó a los conjurados a comer con ella en una sala subterránea de su palacio de Aznac; luego, desapareciendo de la sala, hizo entrar allí repentinamente las aguas del Nilo.»

Manethon

Hacia 1404 (me remonto tan alto para no disgustar a mis contemporáneos) Ysabeau, esposa del rey Carlos VI, regente de Francia, habitaba en París el antiguo hotel Montagu, especie de palacio más conocido con el nombre de hotel Barbette.

Allí se realizaban las famosas fiestas de las antorchas sobre el Sena; eran noches de gala, de conciertos, de festines, realizados tanto por la belleza de las damas y los jóvenes caballeros, como por el lujo inusitado que la corte desplegaba.

La reina acababa de iniciar los vestidos «de escote» en los que se entreveía el seno a través de una red de cintas moteadas de pedrería, y los peinados que exigían elevar la cimbra de las puertas feudales. Durante el día, la cita de los cortesanos (por hallarse cerca del Louvre) se verificaba en la gran sala y la terraza de los naranjos del tesorero del rey, micer Escabala. Allí se jugaba encarnizadamente y, a veces, los cubiletes del *pasadiez* arrojaban los dados disputando posturas capaces de esquilmar a las provincias enteras. Se derrochaba parte de los grandes tesoros amasados tan penosamente por el económico Carlos V. Si los ingresos disminuían, se aumentaban los diezmos, las tallas, las corveas, ayudas, subsidios, secuestros, impuestos y gabelas a capricho. La alegría moraba en todos los corazones. Era en los días en que, manteniéndose aparte y en primer término, comenzaba a abolir en sus Estados todos esos odiosos impuestos Juan de Nevers, caballero, señor de Salins, conde de Flandes y de Artois, conde de Nevers, barón de Rethel, palatino de Malinas, dos veces par de Francia y decano de los pares, primo del rey, soldado antes de ser designado por el Concilio de Constanza, como el solo jefe de los ejércitos, al que se debe obedecer ciegamente bajo pena de excomunión, primer gran feudatario del reino, primer súbdito del rey (quien no es, por sí mismo, sino el primer súbdito de la nación), duque hereditario de Borgoña, futuro héroe de Nicópolis —y de la victoria de l' Hesbaie, en donde, abandonado por los flamencos, adquirió el heroico sobrenombre de *Sin Miedo* ante todo el ejército, librando a Francia de un primer enemigo—, era en los días, decimos, en que el hijo de Felipe el Animoso y de Margarita II, en que Juan Sin Miedo, en fin, ya pensaba en desafiar, a sangre y a

fuego, por salvar la patria, a Enrique de Derby, conde de Hereford y de Lancaster, quinto del nombre, rey de Inglaterra, y quien —cuando su cabeza fue puesta a precio por este rey— no obtuvo de Francia más que el ser declarado traidor.

Se ensayaba torpemente el juego con las primeras barajas, que habían sido importadas desde hacía pocos días por Odette de Champ-d'Hiver.

Hacíanse apuestas de todo género; se bebían allí los vinos procedentes de las mejores tierras del ducado de Borgoña. Las nuevas, las baladas del duque de Orleans (uno de los sires de las flores de lis más apasionados por las bellas rimas) retumbaban sonoramente. Se discutía sobre modas y armas; a menudo se cantaban coplas disolutas.

La hija de este ricohombre, Berenice Escabala, fue una adorable joven de las más lindas. Su sonrisa virginal atraía al brillante enjambre de gentileshombres. Era proverbial que la gracia de su acogida había sido siempre igual para todos.

Cierto día sucedió que a un joven señor, el vidamo de Maulle, que era entonces el favorito de Ysabeau, se le ocurrió comprometer su palabra (¡después de beber mucho!) asegurando que triunfaría de la inflexible inocencia de la hija de micer Escabala; en suma, que sería suya en plazo breve.

Esto fue lanzado en medio de un grupo de cortesanos. Alrededor de ellos zumbaban las risas y los refranes de la época, pero el alboroto no eclipsó la frase imprudente del joven. Aceptada la apuesta entre el chocar de las copas, llegó a oídos de Luis de Orleans.

Luis de Orleans, cuñado de la reina, fue distinguido por ella desde los primeros tiempos de la regencia con un afecto apasionado. Era un príncipe brillante y frívolo, pero de los más siniestros. Había entre Ysabeau de Baviera y él cierta semejanza de naturaleza que parecía convertir su adulterio en un incesto. Fuera de las recaídas caprichosas de una ternura marchita, él supo conservar siempre en el corazón de la reina una suerte de afección bastarda que tenía más de pacto que de simpatía.

El duque vigilaba a los favoritos de su cuñada.

Cuando la intimidad de los amantes parecía convertirse en amenazadora para la influencia que quería conservar sobre la reina, resultaba poco escrupuloso en los medios de provocar entre ellos una ruptura, casi siempre trágica; uno de esos medios era la delación.

La galante apuesta fue, pues, revelada, por sus indicaciones, a la real amiga del vidamo de Maulle.

Ysabeau sonrió, bromeó sobre esta apuesta y pareció no concederle mayor atención.

La reina tenía sus drogueros que le vendían los secretos de Oriente, propios para exasperar el fuego de los deseos concebidos por ella. Nueva Cleopatra, era una gran agotada, más bien hecha para presidir cortes de amor en el fondo de un

castillo o imponer la moda en una provincia, que para pensar en librar del inglés el suelo del país. En esta ocasión, sin embargo, no consultó con ninguno de sus drogueros, ni aun con Arnaut Guilhem, su alquimista.

Una noche, algún tiempo después de esto, el señor de Maulle estaba con la reina en el hotel Barbette. La hora era avanzada: la fatiga del placer adormecía a los dos amantes.

De pronto el señor de Maulle creyó escuchar en París tañidos de campanas, tocadas a intervalos aislados y lúgubres.

Se incorporó:

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Nada. ¡No te importe!... —respondió Ysabeau, voluptuosa y sin abrir los ojos.

—¿Nada, mi bella reina? ¿No es un toque de fuego?

—Sí... tal vez. ¿Qué más da?

—El fuego incendia algún hotel.

—Precisamente es lo que yo soñaba —dijo Ysabeau.

Una sonrisa perlina entreabrió los labios de la bella durmiente.

—En mi sueño —continuó— eras tú quien lo había provocado. Yo te veía, pequeño mío, arrojar una tea sobre los depósitos de aceites y de forrajés.

—¿Yo?

—¡Sí!... (arrastraba las sílabas lánguidamente). Tú incendiabas la casa de micer Escabala, mi tesorero, para ganar tu apuesta del otro día.

El señor de Maulle abrió los ojos a medias, presa de una vaga inquietud.

—¿Que apuesta? ¿No estarás dormida aún, mi bello ángel?

—¡Tu apuesta de ser el amante de su hija, la pequeña Berenice, que tiene tan hermosos ojos!... ¡Oh, qué buena y linda muchacha!, ¿no es verdad?

—¿Qué decís, mi querida Ysabeau?

—¿No me has comprendido y a, dueño mío? Soñaba, te digo, que habíais prendido fuego a la casa de mi tesorero, para raptar a su hija durante el incendio y hacerla tu querida, a fin de ganar la apuesta.

El vidamo miró a su alrededor en silencio.

Los resplandores de una siniestra lejanía iluminaban en efecto los cristales del balcón; reflejos de púrpura daban tonos sangrientos a los armiños del lecho real; las flores de lis de los escudos y las que acababan su vida en los vasos esmaltados, enrojecían. Y rojas resultaban también las dos copas, sobre la mesita cargada de vinos y de frutas.

—¡Ah! Recuerdo... —dijo a media voz el joven—, es verdad: quise atraer las miradas de los cortesanos sobre esta muchacha, para apartarlos de nuestra dicha. ¡Pero mira, Ysabeau, es realmente un gran incendio, y las llamas se elevan del lado del Louvre!

A estas palabras la reina se incorporó, contempló muy fijamente y sin hablar al vidamo de Maulle, movió la cabeza; después, perezosa y sonriente, puso en los

labios del joven un largo beso.

—Tú dirás estas cosas a maese Cappeluche cuando dentro de nada seas torturado por él en la plaza de Gréve. ¡Eres un miserable incendiario, amor mío!

Y como los perfumes que irradiaban de su cuerpo oriental aturdíán y abrasaban los sentidos hasta privar de la fuerza de pensar, ella se ciñó más a él.

El toque a fuego continuaba; se percibían en la lejanía los gritos de la muchedumbre.

Él respondió bromeando:

—Antes sería necesario probar el crimen.

Y le devolvió el beso.

—¿Probarlo, criminal mío?

—Sin duda.

—¿Podrías tú probar el número de besos que has recibido de mí? ¡Tanto valdría querer contar las mariposas que vuelan en una tarde de estío!

Él contempló a su ardiente amante —¡y tan pálida!—, que acababa de prodigarle las delicias y los abandonos de las más maravillosas voluptuosidades.

Le cogió la mano.

—Probarlo sería bien fácil —prosiguió la reina—. ¿Quién tenía interés en utilizar un incendio para raptar a la hija de micer Escabala? Tú solo. ¡Tu palabra está comprometida en la apuesta! Y además, tú no podrías jamás decir dónde estabas cuando comenzó el incendio. Comprenderás que esto sería suficiente en el Châtelet para un proceso criminal. Se instruirá con terrible urgencia y después... (añadió con dulce sorna) la tortura hará el resto.

—¿Que no podría yo decir dónde estaba? —preguntó el señor de Maulle.

—Indudablemente, puesto que, viviendo el rey Carlos VI, estás en este momento en los brazos de la reina de Francia. ¡Qué inocente eres!

La horrible muerte se erguía al final de la acusación.

—¡Es verdad! —dijo el señor de Maulle, bajo el encanto de la dulce mirada de su amiga.

Se embriagaba abarcando con un brazo el fresco talle de ella y escondiéndose en la cabellera tibia, rojiza como el oro fundido.

—Aquí residen los sueños —dijo—, ¡oh, vida de mi vida!

Se habían recreado con la música aquella noche; su cítara había sido arrojada sobre un diván y una de sus cuerdas había saltado sola en esta última pausa.

—¡Duérmete, ángel mío! Se ve que tienes sueño —dijo Ysabeau, atrayendo suavemente sobre su seno la frente del joven.

El ruido del instrumento la hizo estremecer: los enamorados tienen supersticiones. Al día siguiente el vidamo de Maulle fue detenido y sumido en un calabozo del Gran Châtelet. El proceso comenzó bajo la inculpación predicha. Las cosas sucedieron exactamente como las había anunciado la augusta hechicera, «cuya belleza era tan sólida que debía sobrevivir a sus amores».

Le fue imposible al vidamo de Maulle probar lo que en términos de justicia se llama *alibi* o coartada.

La condena de muerte fue pronunciada después del juicio previo, ordinario y extraordinario, y después de terminados los interrogatorios.

La pena de los incendiarios, el velo negro, etc., nada fue omitido.

Sólo un incidente extraño se produjo en el Gran Châtelet.

El abogado del joven sentía por él un profundo afecto; éste se lo había confesado todo.

Ante la inocencia del señor de Maulle, su defensor se hizo culpable de una acción heroica.

La víspera de la ejecución vino al calabozo del condenado y lo hizo evadirse con su traje, es decir, lo substituyó.

¿Fue un corazón noble? ¿Fue un ambicioso que quiso jugar una partida peligrosa? ¿Nadie lo sabrá nunca!

Todavía aniquilado y quemado por la tortura, el vidamo Maulle pasó la frontera y murió en el destierro.

Pero el abogado fue retenido en su lugar.

La bella amiga del vidamo de Maulle, al saber la evasión del joven, no experimentó sino una violenta contrariedad^[1].

No quiso reconocer al defensor de su amante.

A fin de que el nombre del señor de Maulle fuese borrado del libro de los vivos, ordenó su ejecución, *no obstante* haber sido suplantado.

De suerte que el abogado fue ajusticiado en la plaza de Gréve, reemplazando al señor de Maulle.

Orad por ellos.

El convidado de las últimas fiestas

A la señora Nina de Villard.

El desconocido es la parte del león.

François Arago

El Comendador de piedra puede venir a cenar con nosotros, ¡puede tendernos la mano! Se la estrecharemos aún y quizá sea él quien sienta frío.

Una tarde de Carnaval de 186..., C***, uno de mis amigos, y yo, por una circunstancia absolutamente debida a los azares del aburrimiento «ardiente y vago» estábamos solos en un proscenio del baile de la Ópera.

Hacia unos instantes que admirábamos, a través del polvo, el mosaico tumultuoso de las máscaras, aullando bajo las grandes arañas esplendentes y agitándose al compás de la batuta sabática de Strauss.

De pronto se abrió la puerta del palco; tres damas con un frufurú de seda se acercaron a nosotros y, después de quitarse los antifaces, nos dijeron:

—¡Buenas noches!

Eran tres jóvenes de ingenio y belleza excepcionales. Las habíamos encontrado a veces en el mundo artístico de París: Clio, la Cenicienta, Antonie Chantilly y Annah Jackson.

—¿Venís aquí para aprender a beber junto a nosotros? —les preguntó C***, rogándoles que se sentaran.

—¡Oh! Íbamos a cenar solas, porque las gentes de esta noche, horriblemente fastidiosas, han ensombrecido nuestra imaginación —dijo Clio la Cenicienta.

—Sí; y a nos íbamos a ir cuando os hemos visto —dijo Antonie Chantilly.

—Así, pues, venid con nosotras, si no tenéis cosa mejor que hacer —concluyó Annah Jackson.

—¡Vivan la luz y la alegría! —respondió tranquilamente C***.

—¿Tenéis alguna objeción grave contra la Maison Dorée?

—¡En absoluto! —dijo la deslumbrante Annah Jackson desplegando su abanico.

—Entonces, querido —continuó C*** dirigiéndose hacia mí—, llama a la Maison Dorée, pide el salón rojo y envía un recado al que hemos visto galantear a miss Jackson. Yo creo que es lo que se impone, a menos de una cita en tu casa...

—Caballero —me dijo miss Jackson—, si os sacrificáis hasta inquietaros por mí, podéis buscar a ese personaje vestido de ave fénix, o mosca, que se pavonea en el *foyer* y que responde al pseudónimo transparente de Baptiste o de Lapierre.

¿Seréis, de verdad, tan bondadoso? Pero... volved en seguida para que os comience a estar agradecida hasta la eternidad.

Pero yo no escuchaba casi. Miraba a un extranjero, situado en el palco de enfrente; un hombre de treinta y cinco años, de una palidez oriental que me miraba con sus gemelos y me dirigía un saludo.

—¡Ah! ¡Es mi desconocido de Wiesbaden! —me dije bajo, después de recordar. Como este hombre me había prestado en Alemania uno de esos servicios ligeros que la costumbre permite cambiar entre viajeros (me parece que fue a propósito del tabaco, aconsejándome el mejor entre todos los que se me ofrecían en tierra extraña), le devolví el saludo.

Momentos después, en el *foyer*, cuando buscaba con la mirada al fénix de miss Jackson, vi al extranjero venir hacia mí. Ante tan decidida amabilidad, me pareció cortés proponerle nuestra compañía si se encontraba sin amigos en medio del baile.

—¿Y a quien debo tener el honor de presentar a nuestra alegre tertulia? —le pregunté sonriendo cuando aceptó mi invitación.

—Al barón Von H*** —me dijo—, aunque mejor sería, pensando de qué damas se trata y también en vista de las dificultades de pronunciación y de que estamos en Carnaval, que me permitiérais tomar por una hora otro nombre: el primero que se me ocurre —añadió—, como... (y se echó a reír): el barón *Saturno*. ¿Lo aceptáis?

Esta salida me sorprendió un poco, pero como me sentía en medio de la locura general, le anuncié fríamente a nuestras elegantes con el nombre mitológico que él había deseado llevar. Su fantasía previno a todos en su favor, y se empezó a creer que era algún rey de las *Mil y una Noches* viajando de incógnito. Clio la Cenicienta, juntando las manos, iba hasta a murmurar el nombre de un tal Jud, célebre entonces, especie de criminal todavía no descubierto al que habían enriquecido excepcionalmente varios asesinatos misteriosos.

Cambiados los cumplimientos de ritual:

—¿Querrá hacernos el honor de comer con nosotras para que haya la deseable simetría?... —dijo la previsorá Annah Jackson, entre dos bostezos irresistibles.

Él quiso excusarse.

—Annah os ha dicho eso como don Juan a la estatua del Comendador —repliqué bromeando—. ¡Estas escocesas son de una solemnidad...!

—Es preciso proponer al señor Saturno que venga a matar el tiempo con nosotros

—dijo C***, que, siempre prudente, quiso invitarle « de un modo más correcto » .

—Lamento mucho rehusar —respondió el interlocutor—. Compadézcanme, porque una circunstancia de un interés verdaderamente *capital* exige mi presencia en otra parte a primera hora de la mañana.

—¿Algún ridículo duelo? ¿Uno de esos duelos que son como un aperitivo? —preguntó Clio la Cenicienta haciendo una mueca.

—No, señora; un... *encuentro*, puesto que os habéis dignado preguntarme por ello —dijo el barón.

—¡Bueno! ¡Apuesto a que es por alguna palabra en los pasillos de la Ópera! —exclamó la bella Annah Jackson—. Quizá vuestro sastre, infatuado con su traje de etiqueta, os habrá tratado de artista o de demagogo. ¡Bah! De esas cosas sin

importancia no se hace caso; bien se conoce que sois extranjero.

—Lo soy un poco en todas partes, señora —respondió inclinándose el barón Saturno.

—¡Vamos! ¿Queréis haceros desear?

—*¡Bien a pesar mío, os lo aseguro!* —murmuró con su aire a la vez galante y equívoco el singular personaje.

Cambiamos una mirada C*** y yo; no interveníamos; pero, ¿qué quería decir aquel señor? La distracción nos parecía de todos modos bastante divertida.

Pero como los niños que se empernan con lo que se les rehúsa:

—¡Nos pertenecéis hasta la aurora; yo me cogeré a vuestro brazo! —gritó Antonie.

Se rindió: abandonamos la sala.

Había sido necesario este embrollo de inconsecuencias para llegar a tal final: íbamos a encontrarnos en una intimidad bastante relativa con un hombre del que no sabíamos nada sino que había jugado en el casino de Wiesbaden y que conocía como un experto las diversas clases de habanos.

¡Pero qué importaba! Después de todo, ¿no es hoy lo más corriente *estrechar la mano de todo el mundo?*

En el bulevar, Clio la Cenicienta, entrando en su coche, gritó al cochero:

—A la Maison Dorée.

Después, inclinándose a mí:

—No conozco a vuestro amigo; ¿qué hombre es? Me intriga mucho. ¡Tiene algo *extraño* en la mirada!

—¿Nuestro *amigo*? —respondí—, apenas lo he visto dos veces en Alemania.

Me miró con aire asombrado.

—¡No te asombres! ¡Vosotras habéis tenido la culpa! —añadí—; ¡nos viene a saludar a nuestro palco y lo invitáis a comer bajo la fe de una presentación de baile de máscaras! Admitiendo que hayáis cometido una imprudencia digna de mil muertes, es ya un poco tarde para que os alarme el convidado. Si los invitados están poco dispuestos mañana a continuar su amistad, se saludarán como la víspera; es todo lo que puede pasar. Una comida no significa gran cosa. Nada tan divertido como hacer ver que se cree en ciertas susceptibilidades artificiales.

—¿Cómo no os enteráis mejor de lo que son las gentes? ¿Y si éste es un...?

—¿No os he dicho su nombre? El barón *Saturno*. ¿Es que teméis comprometerle, señorita? —dije con un tono severo.

—¡Eres intolerable!

—No tiene el aire de un tahúr: además, nuestra aventura no puede complicarse.

—¡Un millonario alegre! ¿No es ideal?

—Me parece bastante bien el señor Saturno —dijo C***.

—Y, al menos en tiempo de Carnaval, un hombre muy rico tiene siempre

derecho a ser estimado —concluyó con su voz tranquila la bella Susannah.

El pesado landó del extranjero nos seguía. Antonie Chantilly (más conocida con el nombre de guerra, un poco travieso, de Isolda) había aceptado su misteriosa compañía.

Una vez instalados en el salón rojo, encargamos a Joseph que no dejase llegar hasta nosotros a ningún ser viviente, a excepción de las ostras, de él y de nuestro ilustre amigo el fantástico doctorcillo Florian Les Eglisottes, si por azar venía a tomarse su proverbial cangrejo.

Un tronco encendido se consumía en la chimenea. Alrededor nuestro se esparcían insípidos olores de vestidos, de flores de invierno. Los resplandores de los candelabros fulguraban en la consola sobre las cubas plateadas en que se helaba el triste vino de Aï. Las camelias, que se hinchaban en el extremo de sus tallos de alambre, desbordaban los centros de mesa.

Fuera llovía finamente, entre copos de nieve.

Era una noche glacial. Ruidos de coches, de gritos de máscaras, la salida de la Ópera. Eran las alucinaciones de Gavarni, de Devéria, de Gustave Doré.

Para ahogar estos rumores las cortinas estaban cuidadosamente echadas cubriendo los balcones cerrados.

Los convidados eran, pues, el barón sajón Von H***, C*** y yo; después Anna Jackson, la Cenicienta y Antonie.

Durante la comida, que fue salpicada de locas y chispeantes frases, me dediqué a mi inocente manía de observar —y debo decir que me apercibí en seguida de que la persona que tenía situada frente a mí merecía en efecto, alguna atención.

¡No, no era un hombre cualquiera este convidado de paso!... Sus rasgos y su apostura no carecía de esa distinción convenida que hace tolerar a las personas; su acento no era fastidioso como el de algunos extranjeros; tan sólo, realmente, su palidez tomaba por intervalos tonos singularmente mates y descoloridos; sus labios eran más delgados que un ligero trazo de fino pincel; las cejas estaban siempre un poco fruncidas, aún sobre sus sonrisas.

Habiendo observado estos extremos y algunos otros con la inconsciente atención de que algunos escritores se sirven para no engañarse, lamenté haberlo introducido tan a la ligera en nuestra compañía —y me prometí borrarlo al amanecer del grupo de amigos habituales—. Bien entendido que hablo aquí de C*** y de mí; porque el azar que nos había proporcionado esta noche a nuestras lindas huéspedes, debía llevárselas como visiones también al amanecer. El extranjero, aun con todas las prevenciones no tardó en cautivar nuestra atención por una singularidad especial. Su conversación, sin ser notable por el valor esencial de sus ideas, nos tenía en tensión por el subrayado muy vago que el sonido de su voz parecía deslizar intencionadamente.

Este detalle nos sorprendía tanto más cuanto que nos era imposible descubrir en lo que decía otro sentido que el de una frase mundana. Y dos o tres veces nos hizo

estremecer a C*** y a mí por el modo con que estudiaba sus palabras y por la impresión de recuerdos imprecisos que nos dejaba.

De pronto, en medio de sus accesos de risa, debido a cierta salida de Clio la Cenicienta —¡y que era, desde luego, divertidísima!— tuve no sé qué idea oscura de haber visto ya a este gentilhombre en una *circunstancia totalmente distinta* de aquella de Wiesbaden.

En efecto; su cara era de unas líneas inolvidables, y el fulgor de sus ojos en el momento de entornar los párpados sugería como la idea de una luz interior.

¿En qué circunstancia lo vi? Me esforzaba vanamente en querer concretarla en mi espíritu. ¿Cedería a la tentación de enunciar las confusas nociones que despertaba en mí?

Eran aquéllas de un acontecimiento parecido a los que se ven en los sueños.

¿Dónde *podría haber* pasado esto? ¿Cómo concordar mis recursos habituales con estas intensas ideas lejanas de muerte, de silencio profundo, de bruma, de trazos espantables, de llamas y de sangre que surgían en mi conciencia con una sensación de *realismo* insoportable a la vista de este personaje?

—¡Ah! —baluceé muy bajo—. ¿Tendré alucinaciones esta noche?

Bebí una copa de champán.

Las ondas sonoras del sistema nervioso tienen vibraciones misteriosas. Entorpecen, por así decirlo, con la diversidad de sus ecos el análisis del golpe inicial que las había producido. La memoria distingue el medio ambiente de las cosas, pero la *cosa* misma se ahoga en esa sensación general hasta resultar indiscernible.

Es como esas figuras, otras veces familiares, que, recordadas de improviso, nos turban con una evocación tumultuosa de impresiones todavía entresoñadas, y que *entonces* es imposible determinar.

Pero las finas maneras, la reserva alegre, la dignidad extraña del desconocido — especies de velos tendidos sobre la realidad seguramente muy sombría de su naturaleza— me indujeron a considerar (por el momento al menos) esta aproximación como un hecho imaginario, como una suerte de perversión visual nacida de la fiebre de la noche.

Resolví, pues, poner buena cara a la fiesta, conforme a mi deber y a mi gusto.

Nos levantamos de la mesa, y al tumulto de las risas se mezclaron los caprichos armoniosos, arrancados al azar sobre el piano por dedos ligeros.

Olvidé, pues, toda preocupación. Surgieron centelleos de ingenio, confesiones ligeras, besos vagos semejantes al ruido de pétalos de flores que las mujeres distraídas hacen estallar entre los dedos, fulgores de sonrisas y diamantes: la magia de los profundos espejos reflejaba silenciosamente hasta el infinito, en largas hileras azuladas, luces y gestos.

C*** y yo nos abandonamos al ensueño a lo largo de la conversación.

Los objetos se transfiguran según el magnetismo de las personas que se

aproximan a ellos, no teniendo otra significación para cada uno que el que éste les *pueda* prestar.

Así, lo moderno de estos dorados violentos, de estos muebles pesados y de la profusión de cristales que se unía al conjunto, era transformado por las miradas de mi camarada lírico C*** y por las mías.

Para nosotros, esos candelabros *eran* necesariamente de oro virgen, y estaban cincelados por una mano de artista, firmados por un gran artista auténtico, por un orfebre de nacimiento. Positivamente, estos muebles no podían emanar sino de un tapicero luterano al que habían vuelto loco los terrores religiosos bajo Luis XIII. ¿De quién podían provenir estos cristales sino de un vidriero de Praga, depravado por algún amor pentesileo? Estas cortinas de damasco no eran otras, seguramente, que las antiguas púrpuras encontradas en Herculano, en el cofre de los sagrados *velaria* de los templos de Asclepio o de Palas. La crudeza realmente singular del tejido se explica, en rigor, por la acción corrosiva de la tierra y de la lava, y aquella imperfección preciosa la hacía única en medio del universo entero.

En cuanto a la mantelería, nuestra alma conservaba una duda sobre su origen. Había motivo para creer que reverenciábamos aquí los últimos retazos de restos lacustres. No desesperábamos de encontrar en los bordados de la trama indicaciones de origen acadio o troglodita. Quizás estábamos en presencia de alguno de los innumerables paños del sudario de Xisutro^[2], bien lavados y cortados en forma de manteles de mesa.

Debíamos al menos, previo examen, contentarnos con sospechar las inscripciones cuneiformes de un menú redactado simplemente bajo Nemrod. Gozábamos ya con la sorpresa y alegría de M. Oppert^[3] cuando conociese este descubrimiento tan reciente.

Luego la noche echaba sus sombras, sus efectos extraños y sus medias tintas sobre los objetos, fortaleciendo la buena voluntad de nuestras convicciones y de nuestros sueños.

El café humeaba en las tazas transparentes; C*** consumía dulcemente un habano y se envolvía en los copos del humo blanco como un semidiós tras una nube.

El barón de H***, los ojos medio cerrados, extendido sobre un sofá, el aire un poco banal, sosteniendo una copa de champán con su mano pálida que pendía sobre la alfombra, parecía escuchar con atención los prestigiosos compases del dúo nocturno del *Tristán e Isolda*, de Wagner, que tocaba Susannah detallando las modulaciones incestuosas con mucho sentimiento. Antonie y Clio la Cenicienta, enlazadas y radiantes, callaban durante los acordes, lentamente modulados por la buena artista. Yo, encantado hasta el insomnio, lo escuchaba también cerca del piano.

Cada una de nuestras blancas inconstantes había escogido su terciopelo esta noche.

La conmovedora Antonie de los ojos violeta, el negro, sin un encaje. La línea de terciopelo de su vestido, no estando orlado, hacía destacar fuertemente sus hombros y su cuello.

Llevaba un fino anillo de oro en su meñique, y tres chispas de zafiro resplandecían en sus cabellos castaños, que se desmadejaban muy por debajo de su talle en dos trenzas rizadas.

En lo moral, habiéndole preguntado cierta noche un personaje augusto si era «honrada»:

—Sí, señor —había respondido Antonie—: honrada en Francia no es más que el sinónimo de educada.

Clio la Cenicienta, una rubia exquisita de ojos negros —¡la diosa de la Impertinencia!— (joven desilusionada por el príncipe Solt... había bautizado a la rusa vertiendo espuma de Roederer sobre sus cabellos), llevaba un traje de terciopelo verde bien ceñido y un collar de rubíes adornaba su garganta.

Se citaba a esta joven criolla de veinte años como el modelo de todas las virtudes reprecensibles. Hubiese embriagado a los más austeros filósofos de Grecia y a los más profundos metafísicos de Alemania. Incontables mundanos la habían idolatrado hasta el desafío, hasta la letra de cambio, hasta el ramo de violetas.

Venía de Baden, donde había dejado un capital sobre el tapete, riendo como una chiquilla.

En lo moral, una vieja dama alemana y, además, escuálida, impresionada por el espectáculo, le había dicho en el Casino:

—Señorita, moderaos; es preciso comer un poco de pan alguna vez, y parecéis olvidar.

—Señora —respondió enrojando la bella Clio—, gracias por el consejo. A cambio, aprended de mí, que para algunas el pan no fue jamás sino un prejuicio. Annah, o más bien Susannah Jackson, la Circe escocesa, de cabellos más negros que la noche, de mirada celeste, de frasecitas aciduladas, resplandecía indolente vestida de terciopelo rojo. ¡No parecía extranjera! Os aseguro que tenía algo de la arena movediza; absorbía el sistema nervioso. Destilaba el deseo. Una larga crisis maligna, enervante y loca sería vuestro lote, si os ponéis a su alcance. Hay varios duelos en sus recuerdos. Su género de belleza, de la que está segura, enardece a los simples mortales hasta el frenesí.

¡Su cuerpo semejaba un sombrío lirio, todavía virginal! Justificaba su nombre, que significa, creo, esa flor en viejo hebreo.

Por refinado que os supongáis (¡en una edad tal vez tierna todavía, joven extraño!), si vuestra mala estrella permite que encontréis en vuestro camino a Susannah Jackson, tendremos que figurarnos un joven que, estando sustentado exclusivamente de huevos y leche durante veinte años consecutivos, es sometido

de golpe, sin preámbulos, a un régimen exasperante —(¡continuo!)— de especias picantes, de condimentos cuyo sabor ardiente y sutil le incendia el gusto, le quebranta y enloquece; éste será vuestro fiel retrato a los quince días.

Esta sabia y encantadora mujer se divierte a veces en despedir, sin conmoverse por sus lágrimas de desesperación, a viejos lores desahuciados, porque a ella no se la seduce sino por el placer. Su proyecto, según algunas frases cogidas al vuelo, es ir a sepultarse en una morada espléndida, en las riberas del Clyde, con un hermoso muchacho, a quien ella se distraería lánguidamente en ir matando por placer.

Un día el escultor C.-B*** se chanceaba sobre una terrible y diminuta señal negra que tiene ella cerca de un ojo.

—El artista desconocido que ha tallado vuestro mármol —le decía— ha descuidado esta piedrecita.

—No habléis mal de esta piedrecita —respondió Susannah—, es la que hace caer. Su único paralelo es la pantera.

Cada una de estas nocturnas mujeres llevaba a la cintura un antifaz de terciopelo verde, rojo o negro. En cuanto a mí (si es necesario hablar de este convidado), llevaba también una máscara, aunque menos aparente.

Como al espectáculo, en la butaca del teatro, se asiste procurando no molestar a los vecinos —quizá sólo por cortesía— aun cuando el drama sea fatigoso, así vivía yo mi vida.

Lo que no me impedía ostentar alegremente una flor en la solapa como verdadero caballero de la Orden de la Primavera.

Susannah abandonó el piano. Cogí un ramo de la mesa y fui a ofrecérselo con ojos maliciosos.

—Sois —le dije— una *diva*. Tomad estas flores, por la pasión de los amantes desconocidos.

Ella eligió una hortensia, que se colocó amablemente en la cintura.

—No leo las cartas anónimas —dijo colocando el resto de las flores sobre el piano.

La profana y brillante criatura apoyó sus manos sobre el hombro de uno de nosotros para volver a su sitio.

—¡Ah, fría Susannah —le dijo C*** riendo—, habéis venido al mundo con el solo fin de recordar que la nieve quema!

Era uno de esos cumplimientos alambicados, como los que se oyen en las sobremesas, y que, si tienen un sentido real, lo tienen tan fino *como un cabello*.

Nada está más cerca de una tontería, y a veces la diferencia es absolutamente inapreciable. Este tono elegíaco me hizo comprender que la mecha de los cerebros amenazaba carbonizarse, y que era preciso reaccionar. Como una chispa es suficiente a veces para reavivar la luz, resolví sacarla a toda costa de nuestro taciturno convidado.

En este momento entró Joseph trayéndonos (¡gran idea!) un ponche helado. Pasado un minuto miré al barón Saturno. Parecía impaciente, inquieto. Le vi sacar el reloj, dar una de sus sortijas a Antonie y levantarse.

—Señor de las lejanas regiones —grité a caballo sobre una silla y entre dos bocanadas de humo del cigarro—. ¿No pensaréis en dejarnos antes de una hora? ¡Pasaríais por misterioso, y eso es de mal gusto, y a lo sabéis!

—Mil perdones —me respondió—, pero se trata de un deber que no debe aplazarse y que ya no puede sufrir el menor retraso. Recibid mis acciones de gracias por los instantes tan agradables que acabo de pasar.

—¿Vais, pues, verdaderamente a un duelo? —preguntó, inquieta, Antonie.

—¡Bah! —grité yo, creyendo, efectivamente, en alguna vaga querella de máscara—; exageráis, seguramente, la importancia de ese asunto. Vuestro hombre está debajo de una mesa. Antes de hacer *pendant* con el cuadro de Gérôme, en el que tendréis el papel de vencedor, el de Arlequín, enviad un emisario al campo del honor para saber si se os espera, y, si se os espera, los caballos sabrán ganar el tiempo perdido.

—¡Cierto! —apoyó C*** tranquilamente—. Cortejad a cambio a la bella Susannah que se muere por vos; economizaréis un catarro y ella os consolará dilapidando uno o dos millones. Ved, escuchad y resolved.

—Señores, os confesaré *que soy ciego y sordo lo más a menudo que Dios me lo permite* —dijo el barón Saturno.

Acentuó esta enormidad ininteligible hasta sumirnos en las conjeturas más absurdas. ¡Había encontrado la chispa que nos despertase bien! Estábamos mirándonos todos con una sonrisa cortada, no sabiendo qué pensar de esta «broma», cuando de pronto no pude reprimir una exclamación: ¡acababa de acordarme *dónde* había visto a este hombre por primera vez!

Me pareció bruscamente que los cristales, las figuras, los cortinajes, que el festín nocturno se iluminaban con un mal fulgor, con un rojo fulgor que se escapaba de nuestro convidado, como en ciertos efectos de teatro.

—Señor —le dije al oído—, perdonad si me equivoco, pero me parece haber tenido el *placer* de haberos visto hace cinco o seis años en una gran ciudad del Mediodía —en Lyon creo— a las cuatro de la mañana en una plaza pública.

Saturno levantó la cabeza mirándome con atención.

—¡Ah! —dijo—; es posible.

—Sí —continué mirándole fijamente también—. ¡Esperad! Había sobre la plaza uno de los objetos más tristes, a cuyo espectáculo me llevaron dos amigos estudiantes y que juré no volver a ver jamás.

—¡Por cierto! —dijo el señor Saturno—. ¿Y cuál era ese objeto, si no es indiscreción?

—A fe mía, algo como el cadalso, como una guillotina, si no me es infiel la memoria. ¡Sí, era la guillotina! ¡Ahora estoy seguro!

Estas palabras fueron cambiadas muy bajo, ¡oh!, muy bajo, entre aquel señor y yo. C*** y las mujeres hablaban en la sombra a algunos pasos de nosotros, cerca del piano.

—¡Eso es!, me acuerdo —añadi elevando la voz—. ¿Veis? ¿No es eso tener memoria? Aunque pasasteis rápidamente ante mí, vuestro coche, con el que se cruzó el mío, me dejó entreveros al fulgor de las antorchas. La circunstancia incrustó *vuestro* rostro en mi espíritu. Tenía entonces precisamente esa expresión que hoy observo en vuestros rasgos.

—¡Ah!, ¡ah! —respondió Saturno—, es verdad. ¡Debe ser, a fe mía, de la más sorprendente exactitud, lo confieso!

Su risa estridente me dio la idea de unas tijeras cortando cabellos.

—Un detalle, entre otros, me impresionó. Os vi de lejos descender al sitio donde estaba colocada la máquina... y, a menos que me ofusque por un gran parecido...

—No os habéis engañado, *querido* señor; era yo —respondió.

A esta palabra sentí que la conversación se convertía en glacial y que, en consecuencia, falté tal vez a la estricta cortesía que un verdugo de tan extraña calidad tenía el derecho a exigir de nosotros. Busqué, pues, una banalidad, para cambiar el curso de las ideas que nos oprimían a los dos, cuando la bella Antonie se volvió del piano, diciendo con aire indolente:

—A propósito, señoras y señores: ¿sabéis que hay esta mañana una ejecución?

—¡Ah! —grité removido de manera insólita por estas palabras.

—Es el pobre doctor de la P*** —continuó tristemente Antonie—; me ha asistido algunas veces. No le disculpo por haberse defendido ante los jueces. Le creía con más valor. Cuando la suerte está fijada de antemano, debe uno, por lo menos, reírse en las narices de los sicarios y los jueces. El doctor de la P*** lo ha olvidado.

—Pero ¿es definitivamente hoy? —pregunté esforzándome por adoptar una voz indiferente.

—¡A las seis, la hora fatal, señores y señoras!... —respondió Antonie—. Ossian, el bello abogado, la alhaja del barrio de Saint-Germain, fue a anunciármelo ayer por la tarde, aprovechando la ocasión para hacerme la corte. Lo había olvidado. Parece, además, *que se ha hecho venir a un extranjero (!) para ayudar a M. de París*, vista la solemnidad del proceso y la distinción del culpable.

Sin notar lo absurdo de estas últimas palabras, me volví hacia el señor Saturno. Estaba de pie ante la puerta, envuelto en una gran capa negra, el sombrero en la mano, el aire oficial.

¡El ponche me había turbado un poco la cabeza! Para decirlo todo, me sentía con ideas belicosas. Temiendo haber cometido, invitándolo, lo que se llama una *gaffe* en estilo de París, la figura de este intruso (quienquiera que fuese) me resultaba insoportable, y no podía contener mi deseo de hacérselo saber.

—Señor barón —le dije sonriendo—, después de vuestros singulares subrayados, casi tenemos el derecho de preguntaros si no es un poco por la ley por lo « que sois ciego y sordo tan a menudo como Dios os lo permite» .

Se aproximó a mí, se inclinó con aire bromista y me respondió en voz baja:

—¡Callaos! ¡Estamos ante damas!

Saludó circularmente y salió, dejándome mudo, un poco tembloroso y no pudiendo creer a mis oídos.

Lector, aquí una palabra. Cuando Stendhal quería escribir una historia de amor un poco sentimental, tenía costumbre, es sabido, de leer antes una media docena de páginas del Código penal para —decía— ponerse a tono. Yo, estando con ánimo de escribir ciertas historias, encontré más práctico, después de madura reflexión, frecuentar buenamente de noche uno de los cafés del pasaje de Choiseul, donde el difunto señor X***, el viejo ejecutor de París, iba casi diariamente de incógnito a jugar su partida de *imperial*. Era, recuerdo, un hombre tan bien educado como cualquier otro; hablaba muy bajo, pero claro, con sonrisa bonachona. Me sentaba en la mesa próxima y me divertía mucho cuando aquel hombre, impulsado por el demonio del juego, gritaba broncamente: « ¡Yo corto!», sin malicia. Allí fue, me acuerdo, donde escribí mis más *poéticas* inspiraciones, para servirme de una expresión burguesa. Estaba, pues, curado del espanto convenido que causan a los transeúntes estos señores de lúgubre profesión.

Era, pues, extraño que me sintiese en este momento bajo la impresión de una emoción tan intensa porque nuestro convidado accidental acabara de declararse uno de ellos.

C***, que durante las últimas palabras nos vio juntos, me tocó ligeramente en el hombro.

—¿Has perdido la cabeza? —me preguntó.

—¡Habrás tenido una gran herencia y sólo ejerce esperando un sucesor!... — murmuré enervado por los vapores del ponche.

—¡Bueno! —dijo C***—. No irás a suponer que ese hombre tiene algo que ver con la ceremonia que se prepara...

—¿Has cogido, pues, el sentido de nuestra conversación? —le dije en voz baja—.

¡Ha sido corta, pero instructiva! ¡Este señor es un simple verdugo! Belga, probablemente. Es lo exótico de que hablaba Antonie hace un momento. Sin su presencia de ánimo, hubiera sobrevenido algo que hubiera espantado a estas jóvenes.

—¡Vamos! —gritó C***—; ¿un verdugo con un equipo de treinta mil francos y que regala diamantes a su vecina? ¿Un verdugo que come en la Maison Dorée la víspera de prodigar sus cuidados a un cliente? Desde que ibas a tu café Choiseul, ves verdugos por todas partes. ¡Bebe un vaso de ponche! Tu Señor Saturno es un bromista bastante soso, ¿sabes?

A estas palabras me pareció que la lógica y que la fría razón estaban del lado de mi amigo. Muy contrariado tomé apresuradamente mis guantes y mi sombrero, y me dirigí rápido al umbral de la puerta, murmurando:

—Bien.

—Tienes razón —dijo C***.

—Este pesado sacramento ha durado bastante tiempo —añadí abriendo la puerta del salón—. Si alcanzo a ese mixtificador fúnebre, juro que...

—Un instante: juguemos a quién *pasará el primero* —dijo C***.

Iba a responder lo necesario y a desaparecer cuando, detrás de mí, una voz alegre y muy conocida gritó bajo el arco de la cortina levantada:

—¡Inútil! Quédese, amigo mío.

En efecto: nuestro ilustre amigo el doctorcillo Florian Les Eglisottes había entrado durante nuestras últimas palabras.

—Querido doctor, al instante estoy con usted, pero...

Me retuvo sin hacerme caso y dijo:

—Cuando os haya contado la historia del hombre que salía de este salón a mi llegada, apuesto a que no os cuidaréis de pedirle cuenta de sus incorrecciones. Además, es tarde: su coche le ha llevado ya a lejos de aquí.

Pronunció estas palabras con un tono tan extraño que me detuvo definitivamente.

—Veamos la historia, doctor —dije volviéndome a sentar, después de un momento—. Pero pensad, Les Eglisottes, que respondéis de mi inacción y la tomáis bajo vuestra responsabilidad.

El príncipe de la Ciencia dejó su bastón con puño de oro, besó galantemente con las puntas de los labios los dedos de nuestras bellas prohibidas, se sirvió un poco de vino de Madera, y en medio del silencio fantástico que produjo el incidente — y su entrada personal— comenzó en estos términos:

—Comprendo toda la aventura de esta noche. Me doy perfecta cuenta de lo que acaba de pasar como si hubiera estado entre vosotros... Lo que os ha sucedido, sin ser precisamente alarmante, es, sin embargo, una cosa que hubiera podido serlo.

—¿Por qué? —dijo C***.

—Ese señor es, en efecto, el barón de H***; es de una elevada familia alemana; es millonario; pero...

El doctor nos miró.

—¡Pero el prodigioso caso de enajenación mental de que está atacado, habiendo sido comprobado por las Facultades de Medicina de Munich y de Berlín, presenta la más incurable y la más extraordinaria de todas las monomanías registradas hasta el día de hoy! —dijo sentenciosamente el doctor en el mismo tono que hubiera empleado en su clase de fisiología comparada.

—¡Un loco! Pero ¿cómo? ¿Qué significa eso, Florian? —murmuró C*** yendo a echar el pestillo de la puerta.

Las damas perdieron su sonrisa ante esta revelación.

En cuanto a mí, creía estar soñando hacía algunos minutos.

—¡Un loco!... —gritó Antonie—; pero me parece que a esas personas se las encierra...

—Creo haber hecho observar que nuestro gentilhombre es muchas veces millonario —replicó muy gravemente Les Eglisottes—. Es él quien hace encerrar a los demás, aunque eso no os parezca bien.

—¿Y cuál es su género de manía? —preguntó Susannah—. ¡Encuentro muy agradable a ese señor, os lo prevengo!

—No seréis de esa opinión, tal vez, dentro de un momento —continuó el doctor, encendiendo un cigarrillo.

La aurora lívida coloreaba los cristales, las bujías agonizaban, el fuego se extinguía; lo que oíamos nos daba la sensación de una pesadilla. El doctor no era de aquellos que tienen afición a las mixtificaciones: lo que decía era tan fríamente real como la máquina levantada allá en la plaza.

—Parece —continuó entre dos sorbos del generoso Madera— que inmediatamente después de su mayoría de edad este joven taciturno se embarcó para las Indias orientales: viajó mucho por los pueblos de Asia. Ahí comenzó el misterio impenetrable que envuelve el origen de su accidente. Asistió durante ciertas revueltas en el extremo Oriente, a esos suplicios rigurosos que las leyes en vigor en esos países infligen a los rebeldes y culpables. Asistió a ellos, sin duda, por simple curiosidad de viajero. Pero a la vista de esos suplicios parece que los instintos de una crueldad que sobrepasa la capacidad de concepción conocida se removieron en él, turbaron su cerebro, emponzoñaron su sangre y, finalmente, lo convirtieron en el ser singular que es. Figuraos, que a fuerza de oro el barón de H*** penetró en las viejas prisiones de las principales ciudades de Persia, Indochina y Tibet y que obtuvo muchas veces de los gobernadores el permiso para ejercer las horribles funciones de ajusticiador en lugar de los ejecutores orientales. ¿Conocéis el incidente de las cuarenta libras de ojos arrancados que fueron ofrecidos sobre dos platos de oro al shah Naser-Eddin el día en que hizo su entrada solemne en una ciudad rebelde? El barón, vestido con traje del país, fue uno de los más ardientes ejecutores de esa atrocidad. La ejecución de los dos jefes de la sedición fue del más espantoso horror. Condenados a verse arrancar los dientes con tenazas y después a la introducción de esos mismos dientes en sus cráneos, rapados al efecto, formando las iniciales del nombre glorioso del sucesor de Feth-Ali-Shah, fue nuestro aficionado quien, mediante un gran montón de dinero, consiguió ejecutarlos con la acompasada torpeza que le distingue. (Cuestión accidental: ¿quién es más insensato, el que ordena tales suplicios o el que los ejecuta? ¿Estáis horrorizados? ¡Bah! Si el primero de esos dos hombres se dignara venir a París, nos honraríamos mucho, dedicándole unos fuegos artificiales y ordenando que las banderas del ejército se inclinarán a su paso, todo

en nombre de los « inmortales principios del 89 ». Sigamos ahora). Si hay que creer en las relaciones de los capitanes Hobbs y Egginson, los refinamientos que su manía creciente le sugería en estas ocasiones sobrepasaban, desde toda la altura del Absurdo, los de Tiberio y Heliogábalo, y cuantos mencionan los fastos humanos. Porque —añadió el doctor— un loco no puede ser igualado en *perfección* en aquello que constituye su manía.

El doctor Les Eglisottes se detuvo y nos miró con aire sardónico.

A fuerza de atención habíamos dejado apagarse nuestros cigarras.

—Una vez de vuelta a Europa —continuó el doctor—, el barón de H***, *embotado hasta hacer creer en su curación*, vio bien pronto recrudecida su fiebre ardiente. No tenía más que un sueño, uno solo —más mórbido, más helado que todos los abyectos del marqués de Sade—: era lisa y llanamente hacerse expedir el título de ejecutor GENERAL de todas las capitales europeas. Pretendía que las buenas tradiciones y la habilidad debían recompensarse en este ramo artístico de la civilización; que él tenía —como se dice— pericia en la materia y una hermosa hoja de servicios prestados en Oriente (esto lo escribía en las instancias que enviaba a menudo) y esperaba (si los soberanos se dignaban honrarle con su confianza) arrancar a los prevaricadores los aullidos más armoniosos que jamás hubiesen escuchado oídos de magistrado en la bóveda de un calabozo. (Cuando se habla de Luis XVI delante de él, sus ojos brillan y reflejan un odio de ultratumba extraordinario: Luis XVI es, en efecto, el soberano que creyó deber abolir la pena de muerte, y es el solo hombre a quien M. de H*** ha odiado).

» Fracaso siempre en estas instancias, como podéis suponer, gracias a las gestiones de sus herederos, que no han podido, sin embargo, encerrarle como se merece. En efecto; las cláusulas del testamento de su padre, el difunto barón de H***, fuerzan a la familia a evitar su muerte civil a causa de las enormes pérdidas de dinero que esta muerte les costaría. Viaja, pues, en libertad. Está en relación excelente con todos los ejecutores de la pena capital. Su primera visita es para ellos en todas las ciudades que recorre. Les ha ofrecido a menudo grandes sumas para que le dejen maniobrar en su lugar —y, entre nosotros (añadió el doctor guiñando el ojo), creo que en Europa ya ha despachado a algunos desgraciados.

» Aparte de eso, puede decirse que su locura es inofensiva, puesto que no ejerce sino sobre las personas designadas por la ley. Fuera de su enajenación especial, el barón de H*** tiene fama de hombre de costumbres tranquilas y aún atractivas. De cuando en cuando su mansedumbre ambigua produce tal vez frío en la espalda, como se dice, a aquellos de sus íntimos que están al corriente de su terrible monomanía; pero eso es todo.

» Sin embargo, habla con frecuencia del Oriente con la nostalgia del que piensa retornar allá. La privación del diploma de atormentador en jefe del globo le hunde en negra melancolía. Figuraos los ensueños de Torquemada y de Arbués,

de los duques de Alba o de York. Su monomanía empeora de día en día. ¡Así, todas las veces que hay una ejecución es advertido por emisarios secretos, y hasta por los mismos gentiles-hombres del hacha! Corre, vuela, devora la distancia, tiene su lugar reservado al pie de la máquina. En este momento está en el sitio de que os hablo. No dormiría tranquilo si no fuese para él la última mirada del condenado.

» He aquí, señoras y señores, el *gentleman* con el cual habéis tenido el honor de pasar la noche. Añadiré que al salir de su demencia y en sus relaciones con la sociedad es un hombre de mundo irreprochable y el conversador más dúctil, más divertido y más...»

—¡Basta, doctor!... ¡Basta! —gritaron Antonie y Clío la Cenicienta, a las que la chocarrería estridente y sardónica de Florian había impresionado extraordinariamente.

—¡Qué hombre! ¡Es el cortesano de la guillotina! —murmuró Susannah—. ¡El *dilettante* de la Tortura!

—Realmente, si no os conociera, doctor... —balbuceó C***.

—¿No me creeríais? —interrumpió Les Eglisottes—. Yo mismo no lo he creído durante mucho tiempo; pero, si queréis, vamos allá. Tengo justamente un permiso especial. Podremos llegar hasta él, a pesar de los guardias de caballería. No os pido sino que os fijéis en su rostro durante el cumplimiento de la sentencia. Después de esto, no dudaréis ya.

—¡Hermosa invitación! —dijo C***—; prefiero creerlo, a pesar de lo absurdamente misterioso que resulta el hecho.

—¡Ah, qué tipo el de vuestro barón!... —continuó el doctor cogiendo un montón de cangrejos, intactos milagrosamente.

Luego, viéndonos a todos tristes:

—¡No os conviene afectaros tanto por mis confidencias! —dijo—. Lo que constituye lo repulsivo de la cosa es la *particularidad* de la monotonía. Porque un loco es un loco nada más. Leed a los alienistas: encontraréis casos de una extrañeza casi sorprendente. Y, os lo juro, nos codeamos con los atacados por el mal en pleno día, a cada momento, sin sospechar nada.

—Queridos amigos —concluyó C*** después de un momento de pasmo general —: no experimentaré, lo confieso, repugnancia en chocar mi vaso con el que me tendiese un brazo secular, como se decía cuando los ejecutores podían ser religiosos. No buscaré la ocasión, pero, si se ofrece, os diré, sin declamar (y Les Eglisottes me comprenderá mejor que nadie), que el aspecto y la compañía de quienes ejercen funciones de verdugo no me impresionaría de ningún modo. No he comprendido nunca los *efectos* de los melodramas que tienen este tema.

» Pero el ver en funciones de tal a un hombre que ha caído en demencia, y que por lo tanto no puede cumplir *legalmente* su oficio, ¡ah!, me causa alguna impresión. No dudo en declarar que en medio de la humanidad, de las almas

escapadas del infierno, nuestro convidado de esta noche es uno de los peores que podemos encontrarnos. Aunque le llaméis loco, esto no explica su naturaleza original. ¡Un verdugo real me sería indiferente; nuestro espantoso maniaco me hace estremecer con un temblor indefinible!

El silencio que acogió las palabras de C*** fue solemne como si la muerte hubiese dejado ver bruscamente su cabeza calva entre los candelabros.

—Me siento un poco indispuesta —dijo Clio la Cenicienta con una voz que la excitación nerviosa y el frío de la aurora entrecortaban—. No me dejéis sola, venid a mi casa. Procuremos olvidar esta aventura, señores y amigos; venid: hay baños, hay divanes y alcobas para dormir (apenas sabía lo que decía). Está en medio del bosque, y llegaremos allí en veinte minutos. ¡Comprendedme, os lo ruego! La imagen de ese hombre me pone mala, y si estuviera sola tendría alguna inquietud de verle entrar de pronto, una lámpara en la mano, alumbrando su siniestra sonrisa que da miedo.

—¡Ésta ha sido una noche enigmática! —dijo Susannah Jackson.

Les Eglissottes se secó los labios con aire satisfecho habiendo terminado su bebida.

Llamamos. Joseph vino. Mientras arreglábamos nuestra cuenta con él, la escocesa, acariciando la borla de seda de su traje, murmuró tranquilamente al oído de Antonie:

—¿No tienes nada que decirle a Joseph, pequeña Isolda?

—Sí —respondió la linda y pálida criatura—. ¡Lo has adivinado!

Después volviéndose al camarero:

—Joseph —continuó—, toma esta sortija; el rubí está un poco arañado por mí. ¿No es verdad Suzanne, que todos estos brillantes tienen el aspecto de llorar alrededor de esta gota de sangre? La venderás hoy mismo y repartirás su precio entre los pobres que pasen por la puerta del restaurante.

Joseph tomó el anillo, se inclinó con un saludo de sonámbulo, del que sólo él tenía el secreto, y salió para que se acercaran los coches mientras las señoras acababan de arreglarse los vestidos, envolverse en sus largos dominós negros y colocarse sus antifaces.

Sonaron las seis.

—Un instante —dije extendiendo el dedo hacia el reloj—. Esta hora nos hace un poco cómplices de la locura de aquel hombre. Tengamos indulgencia para ella. ¿No somos en estos momentos de una barbarie poco más o menos semejante a la suya?

A estas palabras todos se quedaron silenciosos. Susannah me miró bajo su antifaz, y yo sentí la sensación de un fulgor de acero.

Volvió la cabeza y entreabrió un balcón en seguida.

La hora sonaba a lo lejos en todas las campanas de París.

Al *sexto* toque, todo el mundo se estremeció hondamente... y yo miré pensativo

la cabeza de un demonio de cobre, de rasgos crispados, que sostenía como una abrazadera de extraña fantasía los pliegues sangrientos de los cortinajes rojos.

Relato sombrío, narrador más sombrío

A señor Coquelin menor.

« Ut declaratio fiat.»

Fui invitado oficialmente a asistir a un banquete de autores dramáticos, reunidos para festejar el éxito de un compañero. Era en casa de B***, el fondista de moda entre los escritores.

La comida, en un principio, fue naturalmente triste.

Sin embargo, después de haber bebido unas copas rebosantes de viejo Léoville, la conversación se animó. Tanto más versando sobre los duelos, tema inagotable de las conversaciones de salón. Cada uno recordaba, con la obligada desenvoltura haber esgrimido la espada, y procuraba insinuar una idea de valor personal que intimidase en el fondo a los demás, aunque eso muy envuelto y bajo pretexto de teorías juiciosas y de guiños sobrentendidos con motivo de la esgrima o del tiro de pistola. El más sencillo, el más gris de los comensales parecía absorbido en la combinación de un golpe cruzado de segunda que imitaba encima de su plato, con su tenedor y su cuchillo.

De pronto uno de los invitados, M. D***, hombre experto en las tramas del teatro, que ponía buen remate a todas las situaciones dramáticas, aquel, en fin, que entre todos había probado su sabiduría en el arte de « provocar un éxito », exclamó:

—¡Ah, señores!, ¿qué diríais si os hubiese ocurrido mi aventura del otro día?

—Es verdad —respondieron los concurrentes—. ¿Eras el segundo testigo de ese señor Saint-Sever?

—¡Veamos si tú nos refieres, pero francamente, cómo sucedió eso!

—Lo intentaré —respondió D***—, aunque todavía se me oprime el corazón pensando en ello.

Después de algunas silenciosas chupadas al cigarro, D*** comenzó en estos términos. (Le dejó rigurosamente la palabra.)

—En la última quincena, un lunes, a las siete de la mañana, me desperté sobresaltado. ¿Quién llamaba a mi puerta a esa hora tan nerviosamente? Creí que sería Peragallo, pero en la tarjeta que me pasaron leí: Raoul de Saint-Sever.

—Era el nombre de mi mejor camarada de colegio. No nos habíamos visto hacía diez años.

Mandé que pasase.

Entró.

¡Era él!

—¡Cuánto tiempo hace que no nos damos un abrazo! —le dije—. ¡Cómo me alegro de verte a ver! Hablaremos de otros tiempos, almorzando juntos. ¿Llegas de Bretaña?

—Ayer llegué —respondió.

Me puse un traje de casa, escancié vino de Madera y, una vez sentado:

—Raoul —continuó—, tienes un aire preocupado, un aspecto pensativo. ¿Es que has variado de carácter?

—No, es que estoy emocionado.

—¿Emocionado? ¿Has perdido a la Bolsa?

Movió la cabeza.

—¿Has oído hablar de los duelos a muerte? —me preguntó muy resueltamente.

La pregunta me sorprendió, lo confieso. ¡Fue tan brusca!

Lo miré.

Recordando sus gustos literarios, creí que venía a someterme el argumento de un drama concebido por él en el silencio de la provincia.

—¡Sí, he oído hablar de ello! ¡Mi oficio de autor dramático me obliga a urdir, desarrollar y desenlazar asuntos de este género! Los duelos son mi fuerte, y se me concede que sobresalga al tratarlos. ¿Pero tú no lees nunca las críticas de teatro?

—Pues bien —me dijo—, se trata precisamente de uno de esos duelos.

Lo examiné. Raoul parecía pensativo, distraído. Tenía la mirada y la voz tranquilas, normales. Se parecía mucho a Surville en aquel momento... A Surville en sus buenos papeles. Me dije que estaba bajo el fuego de la inspiración y que podía tener talento... un talento naciente... pero, en fin, eso ya era algo.

—¡De prisa —grité con impaciencia—, la situación! ¡Cuéntame la situación! Tal vez ahondándola...

—¿La situación? —respondió Raoul abriendo mucho los ojos—. Es de las más sencillas. Ayer por la mañana, a mi llegada al hotel, encuentro una invitación para un baile esa misma noche, calle Saint-Honoré, en casa de la señora Fréville. Debía ir. Allí, en el curso de la fiesta (¡juzga lo que debió pasar!), me vi obligado a arrojar públicamente un guante al rostro de un hombre.

Comprendí que me trazaba la primera escena de su «trama».

—¿Y cómo desenlazar eso? —dije—. ¡En ese comienzo hay juventud, hay fuego! Pero, ¿la continuación?, ¿el motivo?, ¿la elocuencia de la escena?, ¿el pensamiento del drama? ¡El conjunto, en fin! ¡A grandes rasgos!... Vamos a ver... Venga...

—Se trata de un insulto a mi madre, amigo mío —respondió Raoul, que parecía no escucharme—. ¡A mi madre! ¿Es un motivo suficiente?

Aquí D*** calló, mirando a los concurrentes, que no pudieron evitar una sonrisa al oír estas últimas palabras.

—¿Sonreís, señores? —dijo—. También yo sonreí. El «me bato por mi madre» lo encontré de un efecto anticuado y deplorable. Era anodino. ¡Yo veía la cosa teatralmente! El público se desternillaría de risa. Deploré la inexperiencia teatral del pobre Raoul, e iba a disuadirle de lo que yo tomaba por el plan nonato del más indigesto de los mamotretos que puedan escribirse, cuando añadió.

—Abajo me espera Prosper Vidal, un amigo de Bretaña que vino a Rennes conmigo; me espera en el coche ante la puerta. En París no conozco más que a ti. ¿Quieres servirme de segundo? Los testigos de mi adversario estarán en mi casa dentro de una hora. Si aceptas, vístete en el acto. Tenemos cinco horas de ferrocarril de aquí a Erquelines. —¡Sólo entonces me apercibí de que me hablaba de un hecho de la vida, de la vida real! Quedé aturdido. No fue sino pasados unos momentos cuando estreché su mano. Estaba emocionado. No carezco de presencia de ánimo en estos casos; el ser testigo de un duelo es algo usual, pero en este caso hubiese estado menos conmovido tratándose de mí mismo.

—¡Es verdad! ¡Se comprende! —exclamaron los comensales, queriendo dar a entender que apreciaban lo que había subrayado el dramaturgo.

—¡Debiste decirme eso en seguida! —le respondí—. No te haré más frases. Eso sólo es bueno para el público. Cuenta conmigo. Baja, que yo me reúno en seguida con vosotros.

Aquí D*** se detuvo, visiblemente turbado por el recuerdo de los incidentes que nos hacía revivir.

—Una vez solo, hice mi plan vistiéndome precipitadamente. No se trataba aquí de combinar los acontecimientos; la situación (banal ciertamente para el teatro) me parecía archisuficiente para la realidad. A su lado *Closerie des Genêts*^[4], sin ofensa, desaparecía a mis ojos, cuando pensaba que lo que iba a jugarse era la vida de mi pobre Raoul. Bajé sin perder un minuto. El otro testigo, Prosper Vidal, era un joven médico, prudente y de comedidas palabras: una cabeza distinguida que recordaba los viejos de Maurice Coste. Me pareció el tipo conveniente para las circunstancias. Estáis de acuerdo en esto, ¿no es cierto?

Todos los comensales, muy atentos, hicieron el signo de cabeza que la pregunta requería.

—Terminada la presentación, rodó el coche hacia el hotel de Raoul. Subimos y encontramos en su cuarto a dos señores, abotonados de arriba a abajo, con un aspecto también ligeramente anticuado. (¡Aquí, entre nosotros, considero que estos tipos están ya un poco fuera de la vida real!) Nos saludamos. Diez minutos después las condiciones estaban convenidas: pistola, veinticinco pasos, a la voz de mando. En Bélgica. Al día siguiente. A las seis de la mañana. En fin, todo lo más usual y de rúbrica.

—Tú hubieras podido buscar algo más nuevo —interrumpió, insinuando una sonrisa, el convidado que combinaba estocadas secretas con su tenedor y cuchillo.

—¡Amigo mío —replicó D*** con una amarga ironía—, eres maligno! ¡No es éste el momento de hacer frases! Ves siempre las cosas a través de unos gemelos de teatro. Pero si hubieras estado allí como yo, te habrías abandonado a la sencillez. No se trataba de escoger como arma de combate el cuchillo de papel

del *Affaire Clémenceau*^[5]; es preciso entender que no todo es comedia en la vida. ¡Yo me apasiono fácilmente por las cosas verdaderas, por las cosas naturales que suceden!... ¡Todo no ha muerto en mí, qué diablos!... Os aseguro que « no fue chusco del todo» cuando, media hora después, tomamos el tren de Erquelines con las pistolas en la caja. ¡El corazón me latía, palabra de honor, más que me había latido en ninguno de mis estrenos!

Aquí D*** se interrumpió, bebió de un golpe un gran vaso de agua; estaba pálido. —¡Continúa! —dijeron los convidados.

—Os ahorro el viaje, la frontera, la aduana, el hotel y la noche —murmuró D*** con voz ronca—. Jamás sentí por Saint-Sever una amistad más sincera. No dormí un segundo a pesar de la fatiga nerviosa que experimentaba. En fin, el día apareció. Eran las cuatro y media. Hacía buen tiempo. Había llegado el momento. Me levanté, me eché agua fría en la cabeza. Mi aseo no fue largo. Entré en la alcoba de Raoul. Había pasado la noche escribiendo. Todos hemos madurado escenas semejantes. No tenía más que recordar para ser natural. Dormía cerca de la mesa, en un sillón. En las velas el pábilo humeaba aún. Al ruido que hice entrando se despertó y miró el reloj. Me lo esperaba; conocía este efecto.

—Gracias, amigo mío —me dijo—. ¿Está listo Prosper?

—Tenemos media hora de camino, así es que voy a llamarle.

Instantes después bajamos los tres, y sonando las cinco, estábamos en el ancho camino de Erquelines. Prosper llevó las pistolas. Yo tenía positivamente « miedo », ¿comprendéis? Él y Prosper hablaron de asuntos de familia, como si no sucediese nada. Raoul estaba soberbio, todo enlutado, el aire grave y decidido, muy tranquilo, imponiéndose a fuerza de naturalidad... Era un actorazo en su papel... ¿Habéis visto a Bocage en Rouen, en las piezas del repertorio 1830-1840? ¡Tuvo allí chispas... quizá más deslumbrantes que en París!

—¡Oh! ¡Eh! —objetó una voz.

—¡Oh! ¡Oh!... ¡Que te alejas! —interrumpieron dos o tres comensales.

—En fin, Raoul me entusiasmó como jamás me he entusiasmado —prosiguió D***—; crédmelo. Llegamos al terreno al mismo tiempo que nuestros adversarios. Yo sentía un triste presentimiento. El adversario era un hombre frío, de aspecto militar, tipo « hijo de familia », una fisonomía a lo Landrol, pero con menos firmeza. Las divagaciones eran inútiles, las armas fueron cargadas. Me correspondió contar los pasos, y tuve que meterme el alma en un puño (como dicen los árabes) para no dejar ver mi interior; opté por ser un clásico. Dominé mi temperamento. No vacilé. Al fin, la distancia fue fijada. Volví hacia Raoul, lo abracé y le estreché la mano. Había lágrimas en mis ojos; no las de rigor, sino las verdaderas.

—Vamos, vamos, mi buen D*** —me dijo con calma—. ¿Qué es eso?

Contestando a esas palabras lo miré.

El señor de Saint-Server estaba sencillamente magnífico. ¡Se hubiese dicho que estaba en escena! Lo admiré. Hasta entonces había creído que sólo se encontraba esa sangre fría en el escenario. Los dos adversarios se colocaron frente a frente el uno del otro, al pie sobre la señal. Hubo una especie de tránsito. ¡Mi corazón había llegado al trémolo! Prosper entregó a Raoul la pistola cargada y preparada; después volvió la cabeza con una angustia espantosa.

¡Y los pájaros cantaban! ¡Veía flores al pie de los árboles! ¡Jamás ningún paisajista ha firmado una más bella mañana! ¡Qué terrible antítesis!

—¡Uno!... ¡dos!... ¡tres!... —gritó Prosper, a intervalos iguales, dando las palmadas respectivas.

Yo tenía la cabeza tan turbada que creí oír los tres golpes que anuncian la subida del telón en nuestros teatros. Una doble detonación estalló a un tiempo. ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

D*** se interrumpió, cogiéndose la cabeza con las manos.

—¡Acaba, acaba! Ya sabemos que tienes corazón... ¡Acaba! —gritaron de todas partes los comensales, muy emocionados a su vez.

—¡Y bien, he aquí el final! —dijo D***—. Raoul había caído en la hierba, sobre una rodilla, después de haber dado una vuelta sobre sí mismo. La bala le había dado en pleno corazón; aquí —y D*** se golpeó el pecho—. Me precipité hacia él.

—¡Mi pobre madre! —murmuró.

D*** miró a los oyentes; éstos, gente de tacto, comprendieron esta vez que hubiese sido de bastante mal gusto reiterar la sonrisa ante el «lo juro por mi madre». El «mi pobre madre» pasó, pues, como una carta del correo. La frase, estando realmente en situación, se hacía posible.

—Eso fue todo —añadió D***—, un vómito de sangre fue su última elocuencia.

Miré del lado del adversario: tenía la espalda rota y lo curaban.

Cogí a mi pobre amigo en brazos. Prosper le sostenía la cabeza.

En un minuto, ¡figuraos!, recordé nuestros buenos años de la infancia: los recreos, las risas alegres, los días de salida, las vacaciones, ¡cuando jugábamos a la pelota!

(Todos los invitados inclinaron la cabeza para indicar que se daban cuenta de todas las evocaciones que pudo tener en aquel momento.)

D***, que se transfiguraba de un modo visible, se pasó la mano por la frente. Continuó con un tono extraordinario manteniendo los ojos fijos en el vacío:

—¡Todo pasaba como un sueño! El recuerdo y la realidad... Lo miré más fijamente para salir del sueño. Él no me veía ya; expiraba. ¡Y tan sencillo! ¡Tan digno! Ni una queja. Todo en él era hermosa sobriedad... ¡Dos gruesas lágrimas me rodaron por los ojos! ¡Dos lágrimas verdaderas! Sí, señores, dos lágrimas... Si Frédérick las hubiese visto, ¡las habría comprendido! Murmuré un adiós a mi pobre amigo Raoul y lo tendimos en tierra.

Rígido, en una actitud nada forzada, ¡nada de *pose*! Estaba muerto de verdad. ¡La sangre manchando su vestido! ¡Los puños rojos! ¡La frente ya muy blanca! Los ojos cerrados. Yo no tenía otro pensamiento que el de encontrarlo *sublime*. Sí, señores, ¡sublime! ¡Es la palabra!... ¡me parece... que lo veo todavía! ¡No podía sentir más admiración! ¡Perdí la cabeza! ¡No sabía ya de qué se trataba! ¡Me confundía!... ¡Aplaudía! Yo... yo quería volverlo a llamar...

Aquí D***, que se había exaltado hasta gritar, se detuvo bruscamente; después, sin transición, con una voz muy tranquila y con una sonrisa triste, añadió:

—¡Ay, sí, hubiera querido volverlo a llamar... a la vida!

Un murmullo de aprobación acogió esta frase feliz.

—Después Prosper me condujo como un lazarillo.

Aquí D*** se enderezó, los ojos fijos: parecía realmente penetrado de dolor; después, dejándose caer sobre su butaca:

—¡En fin! ¡Somos todos mortales! —añadió en voz muy baja.

Luego bebió una copa de ron que dejó ruidosamente sobre la mesa como rechazando un cáliz amargo.

D***, que había terminado su relato con una voz rota, había conseguido cautivar tan bien a sus oyentes, tanto por lo impresionante de la historia como por la vivacidad de su recitado, que cuando calló los aplausos estallaron. Yo me creí en el caso de juntar mis humildes felicitaciones a las de sus amigos.

Todo el mundo estaba muy emocionado. Muy emocionado.

—¡Éxito de público! —pensé.

—Este D*** tiene realmente talento —murmuró cada uno al oído de su vecino.

Todos vinieron a estrecharle la mano calurosamente. Yo salí.

A los pocos días encontré a uno de mis amigos, un literato, y le narré la historia de D*** *tal como yo la había escuchado*.

—¡Y bien! —le pregunté al acabar—, ¿qué piensa usted de ella?

—Sí; ¡es casi una novela! —me respondió después de un silencio—. ¡Escribala usted!

Lo miré fijamente.

—Sí —le dije—, *ahora* puedo escribirla: está completa.

A la señora condesa d'Osmoy.

« La forma del cuerpo es más *esencial* que su sustancia.»

La Fisiología moderna

El Amor es más fuerte que la Muerte, ha dicho Salomón: sí, su misterioso poder es ilimitado.

Caía una tarde de otoño en París, en estos últimos años. Los carruajes rezagados del Bosque, iluminados ya, rodaban hacia el sombrío barrio de Saint-Germain. Uno de ellos se detuvo ante la puerta de un amplio hotel señorial, rodeado de jardines seculares; la cintra estaba coronada por un escudo de piedra con las armas de la antigua familia de los condes d'Athol, a saber, una estrella de plata en campo de azur, con la divisa *Pallida Victrix* bajo la corona protegida por principesca funda de armiño. Los pesados batientes se abrieron. Un hombre de treinta y cinco años, de luto, con el rostro mortalmente pálido, descendió del vehículo.

Sobre la escalinata, taciturnos sirvientes portaban antorchas. Sin verlos, salvó las gradas y entró. Era el conde d'Athol.

Vacilante, subió los blancos escalones que conducían a la habitación donde, esa misma mañana, había depositado en un féretro forrado de terciopelo, envuelta en violetas y ondas de batista, a su dama de voluptuosidad, a Vera, su pálida esposa, su desesperación.

Arriba, la suave puerta giró sobre la alfombra; d'Athol recorrió las cortinas.

Todos los objetos estaban en el lugar donde la condesa los había dejado la víspera. La Muerte la había golpeado súbitamente. La pasada noche, su bien amada se había desvanecido en goces tan profundos, se había perdido en abrazos tan exquisitos, que su corazón, roto de delicias, había desfallecido: sus labios se habían bruscamente mojado de púrpura mortal. Apenas había tenido tiempo de dar a su esposo un beso de despedida, sonriendo, sin una palabra; después sus largas pestañas, como crespones fúnebres, descendieron sobre la bella noche de sus ojos.

El día sin nombre había pasado.

Hacia el mediodía, el conde d'Athol, tras la espantosa ceremonia en el panteón familiar, despidió en el cementerio a la enlutada escolta. Luego, encerrándose solo con la sepultada entre los cuatro muros de mármol, tiró tras sí de la puerta de hierro del mausoleo. Ardía incienso sobre un trípode, delante del féretro; una luminosa corona de velas constelaba la cabellera de la joven difunta.

Él, de pie, soñador, con el único sentimiento de una ternura sin esperanza, había permanecido allí todo el día. Hacia las seis, con el crepúsculo, salió del sagrado

lugar. Al cerrar el sepulcro, había sacado de la cerradura la llave de plata y, alzándose sobre el último escalón del umbral, la había arrojado suavemente al interior de la tumba. La había lanzado sobre las losas interiores, por el arco trilobulado que remataba el pórtico. ¿Por qué lo hizo? Movidio, seguramente, por alguna misteriosa resolución de no volver jamás. Y ahora contemplaba la habitación viuda.

La ventana, bajo las amplias colgaduras de cachemira malva recamadas de oro, estaba abierta. Un último rayo de tarde iluminaba, dentro del marco de madera antigua, el gran retrato de la muerta. El conde miró en torno suyo la ropa arrojada, la vispera, sobre un sillón; en la chimenea, las alhajas, el collar de perlas, el abanico a medio cerrar, los pesados frascos de perfumes que *Ella* no volvería a aspirar. Sobre el lecho de ébano, con columnas salomónicas, que había quedado deshecho, junto a la almohada en que la huella de la cabeza adorada y divina era aún visible entre los encajes, advirtió el pañuelo enrojecido con gotas de sangre donde su joven alma había aleteado por un instante; el piano abierto, sosteniendo una melodía para siempre inacabada; las flores indias recogidas por ella en el invernadero, muriendo sobre viejos jarrones de Sajonia; y, al pie del lecho, sobre una piel negra, las pequeñas chinelas de terciopelo oriental en las que brillaba, bordada en perlas, la risueña divisa de Vera: *Quien ve a Vera la ama*. ¡Los pies desnudos de la bien amada jugaron en ellas ayer mismo, besados a cada paso por la pluma de cisne! Y allí, allí en la sombra, el reloj, cuyo resorte había roto para que no tocara otras horas.

¿Se había ido! ¿A dónde?... ¿Vivir ahora? ¿Para qué?... Era imposible, absurdo. Y el conde se abismaba en pensamientos desconocidos.

Ensoñaba toda la existencia pasada. Seis meses habían transcurrido desde la boda. ¿No fue en el extranjero, en un baile de embajada, donde la había visto por primera vez?... Sí. Aquel instante resucitaba nítidamente ante sus ojos. Ella se le aparecía allí, radiante. Aquella noche sus miradas se habían encontrado. Se habían reconocido íntimamente como de naturaleza semejante y hechos para un amor eterno.

Las falaces conversaciones, las sonrisas que observan, las insinuaciones, todas las dificultades que el mundo suscita para retrasar la inevitable felicidad de aquellos que se pertenecen, se habían desvanecido ante la tranquila certeza que tuvieron el uno del otro en el preciso instante de verse.

Vera, cansada de los insulsos galanteos de sus admiradores, había ido a su encuentro a la primera oportunidad, simplificando así de augusta manera los trámites banales en que se pierde el tiempo precioso de la vida.

A las primeras palabras, las vanas apreciaciones de los indiferentes se les antojaron un vuelo de pájaros nocturnos entrando en las tinieblas. ¡Qué sonrisas cambiaron! ¡Qué inefables abrazos!

Sin embargo, su naturaleza era en verdad de las más extrañas. Eran dos seres

dotados de sentidos maravillosos, pero exclusivamente terrestres. Las sensaciones se prolongaban en ellos con una intensidad inquietante. Se olvidaban de sí mismos a fuerza de experimentarlas. Por contra, ciertas ideas, la del alma, por ejemplo, la del infinito, la de *Dios mismo*, estaban como veladas para su entendimiento. La fe de un gran número de seres vivientes en las cosas sobrenaturales no era para ellos sino un tema de vagos asombros: carta sellada de la que no se preocupaban, no teniendo calidad para condenar o justificar. Así, reconociendo que el mundo les era extraño, se habían aislado, inmediatamente después de su unión, en ese viejo y sombrío hotel, donde el espesor de los jardines amortiguaba los ruidos del exterior.

Allí, los dos amantes se sepultaron en el océano de esos goces lánguidos y perversos en los que el espíritu se mezcla a la carne misteriosa. Agotaron la violencia de los deseos, los estremecimientos y las ternuras locas. Confundieron mutuamente la palpitación de sus seres. En ellos el espíritu penetraba de tal modo en el cuerpo que sus formas les parecían intelectuales y los besos, como mallas ardientes, los encadenaban en una fusión ideal. ¡Qué largo desmayo! De repente, se rompía el encanto; el terrible accidente los desunía; sus brazos se habían desenlazado. ¿Qué sombra le había arrebatado a su querida muerta? ¡Muerta no! ¿Es que el alma de los violoncelos desaparece con el chasquido de una cuerda al romperse?

Pasaron las horas.

Miraba por la ventana cómo la noche avanzaba por el cielo. Y la Noche le parecía *personal*; se le antojaba una reina marchando, con melancolía, al exilio, y el broche de diamantes de su túnica de duelo, Venus, sola, brillaba por encima de los árboles, perdida en el fondo de azul.

—Es Vera —pensó.

A este nombre, pronunciado en voz baja, se estremeció como hombre que se despierta; después, irguiéndose, miró en torno suyo.

Los objetos de la habitación estaban ahora iluminados por una luz hasta entonces imprecisa, la de una lamparilla que azulaba las tinieblas y que la noche, desde lo alto del firmamento, hacía aparecer aquí como otra estrella más. Era la lamparilla, con olor a incienso, de un iconostasio, reliquia familiar de Vera. El tríptico, de una vieja madera preciosa, estaba suspendido por un cordel ruso de esparto entre el espejo y el cuadro. Un reflejo de los oros del interior caía vacilante sobre el collar, entre las joyas de la chimenea.

El nimbo de la Madonna vestida de cielo brillaba en tonos rosas por efecto de la cruz bizantina, cuyas finas y rojas líneas, fundidas en el reflejo, sombreaban con un tinte de sangre el oriente encendido de las perlas. Desde su infancia, Vera contemplaba con sus grandes ojos el rostro maternal y tan puro de la hereditaria Madonna, y no pudiendo, ¡ay!, de su naturaleza consagrarle otra cosa que un *supersticioso* amor, se lo ofrecía a veces, ingenua, pensativamente, cuando

pasaba ante la lamparilla.

El conde, a su vista, conmovido por dolorosos recuerdos hasta lo más secreto de su alma, se levantó, sopló rápidamente la luz santa y, a tientas, en la oscuridad, extendiendo la mano hacia un cordón, llamó.

Apareció un sirviente: era un viejo vestido de negro; portaba una lámpara, que depositó frente al retrato de la condesa. Cuando se volvió, sintió un temblor de supersticioso terror al ver a su amo de pie y sonriente, como si nada hubiese pasado.

—Raymond —dijo tranquilamente el conde—, *esta noche estamos agotados la condesa y yo*; servirás la cena hacia las diez. Hemos resuelto voluntariamente aislarnos más desde mañana. Ninguno de los sirvientes, excepto tú, debe pasar la noche en el hotel. Les entregarás el sueldo de tres años, y que se retiren. Después cerrarás el portal; encenderás los candelabros abajo, en el comedor, tú nos bastarás. En adelante no recibiremos a nadie.

El viejo temblaba y le miraba atentamente.

El conde encendió un cigarro y bajó al jardín.

El sirviente pensó al principio que el dolor, demasiado profundo y desesperado, había trastornado el espíritu de su amo. Le conocía desde la infancia; comprendió en seguida que el choque de un despertar demasiado brusco podía serle fatal a aquel sonámbulo. Su deber, en principio, era respetar semejante secreto.

Reclinó la cabeza. ¿Una complicidad consagrada a este religioso ensueño? ¿Obedecer?... ¿Continuar sirviéndoos sin tener en cuenta a la Muerte? ¡Qué extraña idea!... ¿Se mantendría toda una noche?... Mañana, mañana... ¡Ah! ¿Quién sabe?... ¡Quizá!... ¡Proyecto sagrado, después de todo!... ¿Con qué derecho reflexionaba?...

Salió de la habitación, ejecutó las órdenes al pie de la letra y, aquella misma noche, la insólita existencia comenzó.

Se trataba de crear una ilusión terrible.

La molestia de los primeros días desapareció rápidamente. Raymond, primero con estupor, después con una especie de deferencia y de ternura, se las había ingeniado tan hábilmente en parecer natural, que no habían transcurrido tres semanas cuando se sintió, por momentos, casi engañado por su propia voluntad. ¡El pensamiento oculto palidecía! A veces, experimentando una especie de vértigo, tenía necesidad de decirse que la condesa estaba positivamente difunta. Se tomaba en serio aquel juego fúnebre y olvidaba a cada instante la realidad. Muy pronto necesitó más de una reflexión para convencerse y reaccionar. Vio que terminaría por abandonarse del todo al pavoroso magnetismo con que el conde penetraba poco a poco la atmósfera que los rodeaba. Tenía miedo, un miedo indeciso, suave.

¡D'Atoll, en efecto, vivía en la inconsciencia absoluta de la muerte de su bien amada! No podía sino encontrarla siempre presente: hasta tal punto la forma de

la joven estaba mezclada a la suya. Unas veces, en un banco del jardín, los días de sol, leía en voz alta las poesías que a ella le gustaban; otras, al anochecer, junto al fuego, las dos tazas de té en un velador, charlaba con la sonriente *Ilusión*, sentada, a sus ojos, en el otro sillón.

Los días, las noches, las semanas transcurrieron. Ni uno ni otro sabían lo que estaban haciendo. Ahora ocurrían fenómenos singulares, en los que era difícil distinguir en qué punto la imaginación y lo real eran idénticos. Una presencia flotaba en el aire: una forma se esforzaba por transparentarse, por hacerse visible en el espacio, que se había hecho indefinible. D'Athol vivía doble, como un iluminado. Un rostro dulce y pálido, entrevisto como el relámpago, en un abrir y cerrar de ojos; un débil acorde interpretado súbitamente en el piano; un beso que le cerraba la boca en el momento en que iba a hablar; afinidades de pensamientos *femeninos* que se despertaban en él en respuesta a lo que decía; un desdoblamiento tal de sí mismo que sentía en su ser, como en una niebla fluida, el perfume vertiginosamente dulce de su bien amada; y, por la noche, entre la vigilia y el sueño, palabras oídas en un susurro: todo lo advertía. ¡Era una negación de la Muerte, elevada por fin a una potencia desconocida! Una vez, d'Athol la sintió y la vio tan cerca de sí, que la tomó en sus brazos; pero ese movimiento la dispó.

—¡Pequeña! —murmuró, sonriendo.

Y se volvió a dormir como un amante enojado con su querida, risueña y soñolienta.

El día de su fiesta, colocó, por broma, una siempreviva en el ramo de flores que dejó en la almohada de Vera.

—Ya que se cree muerta... —dijo.

Gracias a la profunda y todopoderosa voluntad del señor d'Athol, quien, a fuerza de amor, forjaba la vida y la presencia de su mujer en el hotel solitario, esta existencia había terminado por cobrar un encanto sombrío y persuasivo. El mismo Raymond no experimentaba ya ningún espanto, habiéndose habituado gradualmente a estas impresiones.

Un traje de terciopelo negro percibido al doblar un recodo del paseo; una voz risueña que le llamaba en el salón; el sonar de la campanilla por la mañana, al despertarse, como antaño; todo esto se le había hecho familiar. Se hubiera dicho que la muerta jugaba a hacerse invisible, como una niña. ¡De tal manera se sentía amada! Era muy *natural*.

Pasó un año.

La tarde del Aniversario, el conde, sentado junto al fuego en la habitación de Vera, acababa de leerle un cuento florentino: *Calimaco*. Cerró el libro; después, sirviendo el té:

—Douschka —dijo—, ¿te acuerdas del Valle de las Rosas, de las riberas del Lahn, del castillo de las Cuatro Torres?... ¿No te los ha recordado esta historia?

Se levantó y, en el espejo azulado, se vio más pálido que de costumbre. Tomó un brazalete de perlas y las miró atentamente. ¿No se las había quitado Vera de su brazo hacía un instante, antes de desvestirse? Las perlas estaban todavía tibias y su oriente más suavizado, como por el calor de su carne. ¡Y el ópalo de ese collar siberiano que amaba el bello seno de Vera hasta el extremo de palidecer mórbidamente en su engaste de oro cuando la joven lo olvidaba durante algún tiempo! Otrora la condesa amaba por eso a piedra tan fiel... Esta tarde el ópalo brillaba como si acabara ella de quitárselo y como si el exquisito magnetismo de la bella difunta lo penetrara todavía. Dejando el collar y la piedra preciosa, el conde tocó por azar el pañuelo de batista, cuyas gotas de sangre estaban húmedas y rojas como claveles sobre la nieve... Allí, en el piano, ¿quién había vuelto la página final de la melodía de antaño? ¡Si hasta la lamparilla sacra había vuelto a encenderse en el relicario! Sí, su llama dorada iluminaba místicamente el rostro con los ojos cerrados de la Madona. Y esas flores orientales, recientemente recogidas, que se desmayaban en los viejos jarrones de Sajonia, ¿qué mano acababa de colocarlas? La habitación parecía alegre y dotada de vida, de una manera más significativa e intensa que de costumbre. ¡Pero nada podía sorprender al conde! Todo le parecía de tal modo normal, que no prestó siquiera atención a que sonaba la hora en el reloj parado desde hacía un año. Aquella tarde, sin embargo, se hubiera dicho que, desde el fondo de las tinieblas, la condesa Vera se esforzaba adorablemente por volver a la habitación embalsamada por su recuerdo. ¡Había dejado en ella tanto de sí misma! Cuanto había constituido su existencia la atraía hacia ella. Flotaba en aquel cuarto todo su encanto; las prolongadas violencias de la apasionada voluntad de su esposo sin duda habían desatado allí los vagos vínculos de lo Invisible en torno suyo.

Se la *necesitaba* allí. Estaba allí todo lo que amaba.

Deseaba venir a sonreírse una vez más ante el espejo misterioso donde había admirado tantas veces su rostro lillial. La dulce muerta, allá abajo, se había estremecido ciertamente entre sus violetas, bajo las lámparas apagadas; la divina muerta había temblado, completamente sola, en el panteón, mirando la llave de plata arrojada sobre las losas. ¡También ella quería volver con él! Y su voluntad se perdía en la idea del incienso y del aislamiento. La Muerte no es una circunstancia definitiva más que para aquellos que esperan el cielo; pero la Muerte, el Cielo y la Vida, ¿qué eran para ella sino sus abrazos? Y el beso solitario de su esposo atraía sus labios en la sombra. Y el pasado sonido de las melodías, las palabras embriagadas de antaño, las telas que cubrían su cuerpo y guardaban su perfume, esas piedras mágicas que la *querían* con oscura simpatía, y, sobre todo, la inmensa y absoluta impresión de su presencia, opinión compartida a la postre por las cosas mismas, todo la llamaba allí, la atraía allí desde hacía tanto tiempo y tan insensiblemente que, curada al fin de la durmiente Muerte, ¡*sólo Ella faltaba!*

¡Ah! ¡Las Ideas son seres vivos!... El conde había trazado en el aire la forma de su amor, y era preciso que ese vacío se llenara con el único ser que le era homogéneo; de otro modo, el Universo se hubiera venido abajo. En ese momento tuvo la impresión definitiva, simple, absoluta, de que *Ella tenía que estar allí, en la habitación*. Estaba tan tranquilamente seguro de ello como de su propia existencia, y todas las cosas que le rodeaban estaban saturadas de esta convicción. ¡Se la veía allí! Y, *como sólo faltaba la propia Vera*, tangible, exterior, *era preciso que ella se encontrara allí* y que el gran Sueño de la Vida y de la Muerte entreabriese por un instante sus puertas infinitas. ¡El camino de resurrección era enviado por la fe hasta ella! Un fresco estallido de risa musical iluminó con su alegría el lecho nupcial; el Conde se volvió. Y allí, delante de sus ojos, hecha de voluntad y de recuerdo, acodada fluidamente en la almohada de encaje, sosteniendo su mano los pesados cabellos negros, su boca deliciosamente entreabierta en una sonrisa de paradisíacas voluptuosidades, bella hasta enloquecer, la condesa Vera le miraba un poco adormecida aún.

—¡Roger! —dijo con una voz lejana.

Se acercó a ella. ¡Sus labios se unieron con júbilo divino, olvidadizo, inmortal!

Y *entonces* advirtieron que no eran, en realidad, sino *un solo ser*.

Las horas rozaban con su vuelo extraño aquel éxtasis donde se mezclaban, por primera vez, la tierra y el cielo.

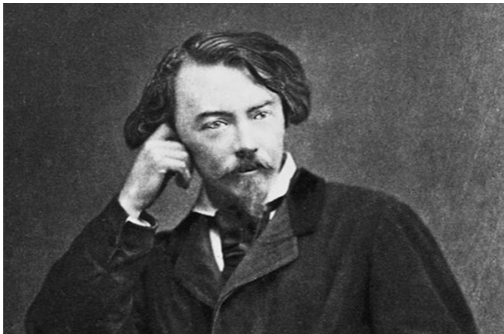
De pronto el conde d'Athol se estremeció, como conmovido por una reminiscencia fatal.

—¡Ah! ¡Ahora recuerdo!... —dijo— ¿Qué me sucede? ¡Pero si tú estás muerta! Nada más decir estas palabras, la mística lamparilla del iconostasio se apagó. El pálido claror de la mañana —de una mañana banal, grisácea y lluviosa— se filtró en la habitación por los intersticios de las cortinas. Las bujías palidieron y se apagaron, dejando humear acremente sus mechas rojas; el fuego desapareció bajo un lecho de cenizas tibias; las flores se marchitaron y secaron en unos momentos; el péndulo del reloj recobró gradualmente su inmovilidad. La *certidumbre* de todos los objetos se fue súbitamente. El ópalo, muerto, ya no brillaba; las manchas de sangre se habían coagulado también en el pañuelo de batista, junto a la piedra; y, borrándose entre los brazos desesperados que querían en vano retenerla, la ardiente y blanca visión entró en el aire y se perdió en él. Un débil suspiro de adiós, distinto, lejano, llegó hasta el alma de Roger. El conde se irguió; acababa de advertir que estaba solo. Su sueño acababa de esfumarse de un golpe; había roto el magnético hilo de su radiante trama con una sola palabra. La atmósfera estaba ahora llena de difuntos.

Como lágrimas de vidrio, agrupadas ilógicamente y sin embargo tan sólidas que un mazazo sobre su zona espesa no las rompería, pero que se convierten en un súbito e impalpable polvillo si se rompe su extremidad, más fina que la punta de una aguja, todo se había desvanecido.

—¡Oh! —murmuró—. ¡Todo ha terminado! ¡Perdida! ¡Completamente sola!
¿Cuál es ahora el camino para llegar hasta ti? ¡Indícame el camino que puede conducirme a ti!

De repente, como una respuesta, un objeto brillante cayó del lecho nupcial, sobre la negra piel, con un ruido metálico. Un rayo del horrible día terrestre lo iluminó... El abandonado se inclinó, lo cogió, y una sonrisa sublime encendió su rostro al reconocerlo: era la llave de la tumba.



Jean Marie Mathias Philippe Auguste, conde de Villiers de l'Isle-Adam, más conocido como AUGUSTE VILLIERS DE L'ISLE-ADAM (Saint-Brieuc 1838-París 1889). Escritor, dramaturgo y crítico francés del siglo XIX, se identificó principalmente con el romanticismo y el simbolismo, consiguiendo en sus textos una novedosa mezcla de cuento filosófico, relato de terror, ciencia-ficción y esoterismo (una de sus grandes aficiones).

Aunque de origen aristocrático (sus antepasados fueron Grandes Maestros de la Orden de Malta), los descabellados negocios de su padre hacen que el patrimonio familiar se vea seriamente mermado. Durante su infancia recorre multitud de colegios en distintas ciudades de la Bretaña francesa, hasta que en 1855 su familia se instala definitivamente en París. Allí, el joven Auguste frecuenta los salones y cafés donde se dan cita los artistas. De esta época data su amistad con Charles Baudelaire y su descubrimiento de Edgar Allan Poe (a través, precisamente, de las traducciones de Baudelaire) y de la filosofía de Hegel, factores que van a influenciarle en gran manera en sus futuras obras. Preocupados por los ambientes que frecuenta, sus padres intentan convencerle de que se recluya en la abadía de Solesmes, cuyo superior es amigo de la familia, pero Auguste se niega.

En 1858 publica su primer libro, *Dos ensayos de poesía*, y comienza su carrera como crítico musical en la revista *La Causeurie*. Al año siguiente publica su siguiente libro, *Primeras poesías*, aunque éste pasa totalmente desapercibido. En

1862 publica una de sus novelas más conocidas, *Isis*. En 1865 escribe la obra *Elèn* y al año siguiente comienza a colaborar con el *Parnasse Contemporain* y escribe *Morgane*, un drama en cinco actos. En esta época conoce al que sería uno de sus grandes amigos, Stéphane Mallarmé. En 1867 se convierte en redactor jefe de la *Revue des Lettres et des Arts*, escribe el primero de sus *Cuentos crueles* (*L'Intersigne*) y publica la novela corta *Claire Lenoir*.

A partir de 1870, con el estallido de la guerra franco-prusiana su ya inestable economía empieza a desmoronarse. Para solventar su situación económica intenta casarse con una rica heredera que lo rechaza. En parte por la acuciante necesidad y en parte por una inagotable capacidad de escribir, Villiers no cesa de producir relatos. En esta época conoce a Wagner, de cuyas óperas es un auténtico apasionado.

La publicación en 1883 de sus *Cuentos Crueles* le valió cierta notoriedad aunque siguió viviendo en la precariedad hasta su muerte. Entre los años 1885 y 1888 publica la obra de teatro *Axel* (1885, aunque se estrena en de manera póstuma en 1890), las novelas *La Eva futura* (1886) y *La extraña historia del Dr. Tribulat Bonhomet* (1887) y las colecciones de relatos *Historias insólitas* y *Nuevos cuentos crueles* (ambas de 1888).

Notas

[1] ¡Cosa singular y tan ignorada como tantas otras! Casi todos los historiadores de la época coinciden en declarar que la reina Ysabeau de Baviera —desde sus nupcias hasta el momento en que la denuncia del rey fue notoria— apareció ante el pueblo y los pobres, ante todos, como « un ángel de bondad, una santa y juiciosa princesa» . Es, pues, de presumir que la enfermedad real del rey y el ejemplo de desenfrenada licencia de la corte no fueran extraños al nuevo aspecto que ofreció su carácter a partir de los días de que hablamos. <<

[2] El último de los reyes anteriores al Diluvio (*N. del T.*) <<

[3] Célèbre orientalista de la época (*N. del T.*) <<

[4] « Huerto de Retamas» , título de un célebre melodrama de Frédéric Soulié (*N. del T.*) <<

[5] Novela de Alexandre Dumas hijo adaptada al teatro (*N. del T.*). <<